

GRAO EN SOCIOLOXÍA
TRABALLO DE FIN DE GRAO
CURSO ACADÉMICO: 2024/2025
CONVOCATORIA: SETEMBRO

“Violencia en la pornografía y su impacto en las prácticas sexuales de los jóvenes universitarios/as: Un estudio cualitativo en la UDC”

“Violencia na pornografía e o seu impacto nas prácticas sexuais da mocidade universitaria: Un estudo cualitativo na UDC”

“Violence in pornography and its impact on the sexual practices of young university students: A qualitative study at the UDC”

Jimena Cardona Felipe
Dirigido por: Raquel Martínez Buján

Resumen

La pornografía ha sido la forma de educación sexual más extendida en las últimas décadas. Con el avance de las nuevas tecnologías, hoy más que nunca la pornografía está al alcance de todos, llegando a ser incluso para algunos, el primer contacto con la sexualidad a edades muy prematuras desde los 8 años. Así que, estando hoy en día esta industria al alcance de todos, y siendo el primer contacto con la sexualidad de muchos, ¿Que nos podemos encontrar en la pornografía y que repercusiones tiene esta en los jóvenes heterosexuales de la UDC? En este estudio podemos observar, a través la observación participante y la realización de entrevistas en profundidad, cómo esta industria reproduce imágenes violentas que legitiman y perpetúan relaciones sexuales de desigualdad, teniendo implicaciones en las prácticas sexuales de los jóvenes, reproduciendo una jerarquía sexual donde los hombres poseen el poder y el control, y las mujeres aprenden a erotizar su propia sumisión.

Palabras clave: Pornografía; violencia; género; sexualidad; juventud universitaria; sociología del cuerpo; pornificación cultural; Universidad de A Coruña.

Resumo

A pornografía foi a forma de educación sexual máis estendida nas últimas décadas. Co avance das novas tecnoloxías, hoxe máis ca nunca a pornografía está ao alcance de todos, chegando a ser incluso para algúns o primeiro contacto coa sexualidade a idades moi temperás, dende os 8 anos. Así que, estando hoxe en día esta industria ao alcance de todos, e sendo o primeiro contacto coa sexualidade de moitos, que nos podemos atopar na pornografía e que repercusións ten esta na mocidade heterosexual da UDC?

Neste estudo podemos observar, a través da observación participante e da realización de entrevistas en profundidade, como esta industria reproduce imaxes violentas que lexitiman e perpetúan relacións sexuais de desigualdade, tendo implicacións nas prácticas sexuais da mocidade, reproducindo unha xerarquía sexual onde os homes posúen o poder e o control, e as mulleres aprenden a erotizar a súa propia sumisión.

Palabras clave

Pornografía; violencia; xénero; sexualidade; mocidade universitaria; socioloxía do corpo; pornificación cultural; Universidade da Coruña.

Abstract

Pornography has been the most widespread form of sex education in recent decades. With the advancement of new technologies, pornography is now more accessible than ever, becoming for some even the first contact with sexuality at very early ages, starting as young as 8 years old. Thus, given that this industry is currently within everyone's reach and constitutes the first encounter with sexuality for many, what can we find in pornography and what repercussions does it have on heterosexual young people at UDC? In this study, through participant observation and in-depth interviews, we can observe how this industry reproduces violent images that legitimize and perpetuate unequal sexual relations, with implications for young people's sexual practices. These practices reproduce a sexual hierarchy in which men hold power and control, while women learn to eroticize their own submission.

Key words

Pornography; violence; gender; sexuality; university youth; sociology of the body; cultural pornification; University of A Coruña.

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN

1.1. Presentación del problema e intención de la autora

1.2. Justificación de la investigación

1.3. Objetivos de la investigación

2. ANTECEDENTES TEÓRICOS: DEBATES ACADÉMICOS Y POLÉMICAS FEMINISTAS

2.1. El análisis de la pornografía desde una perspectiva de género abolicionista

2.2. La pornografía desde un enfoque feminista no abolicionista

2.3. La erotización y sexualización de la vida cotidiana

2.4. ¿Qué efectos tiene la pornografía en las prácticas sexuales y afectivas?

2.5. Socialización de género, desarrollo de la empatía, gustos aprendidos

2.6. El cuerpo, el deseo y el poder: la erotización y sexualización en la sociedad contemporánea

3. DISEÑO METODOLÓGICO

3.1. Observación participante virtual

3.2. Entrevistas en profundidad

3.3. Casillero tipológico

3.4. Guion de las entrevistas

3.4.1. Guion para jóvenes que consumen pornografía

3.4.2. Guion para jóvenes que nunca han consumido pornografía

4. ANÁLISIS Y RESULTADOS

4.1. Análisis y resultados de la observación participante virtual

4.1.1. Un análisis de la descripción de los títulos de los vídeos pornográficos

4.1.2. Categorías

4.1.3. ¿Qué se muestra en los vídeos?

4.1.4. ¿Quiénes son los protagonistas en los vídeos?

4.1.5. Prácticas violentas

4.1.6. Análisis e interpretación de los vídeos

4.1.7. Análisis de los comentarios (nº de me gustas, nº de visualizaciones, uso de preservativos)

4.2. Análisis del discurso de las entrevistas en profundidad

4.2.1. Análisis del Consumo de Pornografía y Representaciones Violentas entre los jóvenes universitarios/as de la UDC

4.2.2. Influencias del Consumo de Pornografía en la Sexualidad y Prácticas Sexo-Afectivas de los jóvenes universitarios/as de la UDC

4.2.3. Pornificación cultural, sexualización mediática y representaciones sexuales en jóvenes universitarios/as

4.2.4. Percepciones sobre el Feminismo y la Masculinidad en los jóvenes universitarios/as de la UDC

4.2.5. ¿Influye la pornografía en la forma de relacionarse de los/as jóvenes universitarios/as?

4.2.6. Tipología de resultados de las entrevistas (12 casos)

5. CONCLUSIONES

6. BIBLIOGRAFÍA

7. ANEXOS

1. INTRODUCCIÓN

1.1. Presentación del problema e intención de la autora

Las aplicaciones digitales han posibilitado la visualización masiva de imágenes y vídeos y, entre ellas, destacan las relacionadas con contenidos pornográficos y eróticos que, cada vez en mayor medida, se encuentran disponibles en el entorno online, incluso aunque no se realicen búsquedas específicas al respecto. Este proceso tiene impactos relevantes en la socialización de las personas jóvenes y, de hecho, diversas investigaciones (Owens et al., 2012; Sabina, Wolak & Finkelhor, 2008; INJUVE, 2020; Briges & Morokoff, 2011) coinciden en señalar que los niños y las niñas tienen su primer contacto con la sexualidad mediante la visualización de contenidos digitales pornográficos, por lo que hoy en día, pueden considerarse ya como uno de los elementos que estructura la educación sexual en este colectivo.

Esta tendencia tiene implicaciones sociales relevantes en la configuración de las relaciones íntimas y también en la desigualdad de género en las relaciones de pareja, porque la pornografía se ha consolidado como una nueva forma de experimentar la sexualidad desencadenando, a su vez, una jerarquía generalizada sobre la construcción del deseo y sobre quién y cómo debe obtenerse placer. Ha sido ya muy documentado como los contenidos digitales pornográficos que se consumen de manera hegemónica y con mayor éxito representan una sexualidad configurada a través del placer masculino en donde las mujeres son objetos de sumisión, dependencia y docilidad, siendo su placer situado en un segundo plano (Dines, 2010). Es más, es habitual que predominen imágenes en las que a los varones se les permita ejercer poder sobre las mujeres (Varela, 2020). En la producción científica el debate se mantiene en dos posturas. Por una parte, el discurso de la liberación sexual y del empoderamiento femenino a través de la exhibición del cuerpo es utilizado entre las mujeres para defender posiciones más permisivas con la pornografía (Attwood, 2006; Gill, 2008). Por otra parte, esta forma de consumo es considerado también, por algunas autoras, un mecanismo de poder que influye directamente en las relaciones sexo-afectivas (Alario, 2021) y en las fórmulas con las que hombres y mujeres definen sus relaciones personales.

Interconectado con este debate académico, el objetivo de este Trabajo de Fin de Grado es doble. Se centra en analizar las formas de violencia que se expresan en la pornografía y explorar si su consumo tiene repercusiones en las prácticas sexuales reales entre las personas jóvenes. Para ello, se ha utilizado como muestra a personas estudiantes de la UDC entre 18 y 25 años, hombres y mujeres que nos han narrado sus experiencias con la pornografía y los contenidos digitales eróticos y, en qué medida, son capaces de relacionar las emociones que desatan los vídeos online con las experiencias que han vivido de forma real en sus relaciones sexo-afectivas. La finalidad de la investigación es comprender y visibilizar las repercusiones que tiene la pornografía en el ámbito social y su impacto en la creación de relaciones de poder generalizadas. Para esto, se utilizará una

metología cualitativa, basada en las técnicas de la observación participante virtual y las entrevistas en profundidad. Se analizarán vídeos de las páginas más conocidas y de más fácil acceso de esta industria, y se verá que tipo de formas de violencia se reproducen. Posteriormente, se procederá a explorar, hasta qué punto, los y las jóvenes interiorizan estas imágenes violentas mediante el análisis de sus discursos y en qué niveles son recreadas en sus prácticas sexuales.

1.2. Justificación de la investigación

La pornografía, como fenómeno sociocultural y económico, ha adquirido una presencia central en la construcción del imaginario sexual contemporáneo. Su fácil acceso a través de internet, especialmente entre las personas jóvenes, convierte su análisis en una cuestión urgente desde las ciencias sociales y, especialmente, desde la sociología. Lejos de ser una forma neutra de entretenimiento, la pornografía dominante reproduce con frecuencia patrones de violencia simbólica y explícita, reforzando relaciones de poder desiguales entre géneros y erotizando la dominación, la humillación y el control sobre el cuerpo del otro, especialmente de las mujeres.

En este contexto, resulta fundamental analizar cómo estas representaciones violentas influyen en las prácticas y relaciones sexuales de los y las jóvenes universitarias. La etapa universitaria es clave en la formación de identidades sexuales y afectivas, y, al mismo tiempo, constituye un espacio donde el discurso sobre el consentimiento, el deseo, el placer o la igualdad de género aún convive con modelos tradicionales y estereotipados de la sexualidad. Por ello, comprender cómo se interpretan y reproducen ciertos comportamientos sexualizados con contenido violento es esencial para evaluar el impacto de la pornografía en la construcción de vínculos sexuales y afectivos.

Este trabajo se justifica además por la escasa investigación cualitativa a nivel local sobre este fenómeno. A través de entrevistas en profundidad, se busca dar voz a los propios jóvenes, indagando en sus experiencias, interpretaciones y discursos, y visibilizando la posible normalización de prácticas que, si bien pueden parecer consensuadas, están mediadas por un aprendizaje cultural influenciado por la industria pornográfica.

Desde una perspectiva crítica y con un enfoque feminista, esta investigación contribuye a comprender no solo las prácticas sexuales en sí mismas, sino las lógicas de poder, género y deseo que las atraviesan. Asimismo, se inscribe en un interés académico más amplio por la relación entre medios de comunicación, cultura visual y subjetividades, aportando herramientas para el debate social y educativo sobre la sexualidad en la juventud.

1.3. Objetivos de la investigación

Para comenzar esta investigación nos cuestionamos: ¿Qué formas sexuales muestra la pornografía y cómo están relacionadas de manera explícita con prácticas violentas? ¿Cuál es la influencia que tiene la pornografía en la configuración de la sexualidad

contemporánea? ¿En qué medida la pornografía se convierte en un intento real de sometimiento femenino entre las prácticas sexuales de las personas jóvenes? Para poder responder a esto, la investigación se propone los objetivos e hipótesis relacionadas en la Tabla 1.

Tabla 1.- Relación de objetivos generales, específicos, preguntas de investigación e hipótesis

Objetivo General	Objetivos Específicos	Preguntas Investigación	Hipótesis
1.- Analizar las imágenes violentas que se representan en la pornografía.	1.- Analizar el proceso de pornificación de la sociedad y su relevancia en los medios de comunicación masivos	¿De qué manera se representa una sociedad erotizada y pornificada en nuestras imágenes audiovisuales cotidianas?	La pornografía sexualiza la violencia hacia las mujeres y configura un deseo y un placer en los que se normaliza que los hombres la ejerzan y las mujeres la reciban
2.- Explorar si estos contenidos tienen implicaciones reales en las prácticas sexuales de los y las jóvenes universitarias de la UDC.	2.- Identificar si el consumo de pornografía influye en la sexualidad de los jóvenes (consecuencias e influencias de este modelo en las prácticas sexuales).	¿Qué consecuencias tiene el consumo de pornografía en la sexualidad y en las prácticas sexo afectivas de los jóvenes?	La exposición reiterada a pornografía violenta influye en la construcción de expectativas afectivo-sexuales entre jóvenes universitarios/as, promoviendo dinámicas de dominación, falta de comunicación sobre límites y una visión instrumentalizada del cuerpo y el placer.
	3.- Averiguar cómo la cultura de pornificación alcanza a aquellas personas jóvenes que no consumen pornografía,	¿De qué manera los jóvenes que no consumen pornografía han interiorizado o rechazado normas, prácticas o expectativas sexuales asociadas a la cultura de la pornificación?	Incluso en ausencia de consumo directo, los jóvenes están influenciados por la cultura de la pornificación a través de discursos sociales, redes sociales y relaciones interpersonales, lo que puede reflejarse en sus prácticas sexuales, estéticas corporales o expectativas afectivo-sexuales.
	4.- Identificar qué tipo de imágenes o prácticas violentas son más comunes en la pornografía consumida por	¿Qué tipos de imágenes o prácticas violentas son más frecuentemente reconocidas o consumidas por	Las prácticas violentas más comunes en la pornografía consumida por jóvenes incluyen la dominación masculina, la humillación verbal o física de las mujeres,

	jóvenes universitarios/as.	jóvenes en los contenidos pornográficos?	y actos sexuales forzados que son interpretados por muchos/as como parte del guion "normal" del sexo, sin necesariamente ser reconocidas como violencia.
	5.- Opinión de las personas jóvenes sobre las prácticas que se muestran en la pornografía.	¿Qué opinan los jóvenes sobre algunas de las prácticas que se representan en la pornografía?	Los/as jóvenes universitarios/as tienen opiniones diversas sobre las prácticas que se representan en la pornografía, con algunos/as viéndolas como formas aceptables de expresión sexual y otros/as rechazándolas o cuestionando su autenticidad, especialmente en lo que respecta a la representación del consentimiento y las dinámicas de poder.

2. ANTECEDENTES TEÓRICOS: DEBATES ACADÉMICOS Y POLÉMICAS FEMINISTAS

2.1. El análisis de la pornografía desde una perspectiva de género abolicionista

En Occidente, durante la década de los años 60, surgió un movimiento conocido como la "revolución sexual", que buscaba transformar profundamente las normas relacionadas con la sexualidad. Este movimiento se caracterizó por un fuerte deseo de vivir la sexualidad de manera más libre y romper con los estrictos códigos que hasta entonces regulaban la conducta sexual. En este contexto, la sexualidad adquirió una importancia central en la cultura, siendo vista como una fuente de abundancia y placer. Además, se le atribuyó un potencial liberador capaz de desafiar las estructuras de poder existentes, al fomentar una subjetividad individual más autónoma. En esencia, la revolución sexual promovió la idea de que una sexualidad vivida sin restricciones podía debilitar las bases del sistema establecido, posicionándola como una herramienta clave para el cambio social (Cobo, 2019: S11).

Sin embargo, la revolución sexual de los años 60 tuvo implicaciones muy diferentes para hombres y mujeres según el enfoque de género abolicionista en el ámbito de la prostitución. Como explica Rosa Cobo (2017), mientras que para los hombres este movimiento significó una ampliación de su libertad sexual, permitiéndoles explorar su sexualidad fuera del matrimonio de manera legítima, para las mujeres no fue así. Los hombres vieron cómo se reforzaba su acceso a diferentes tipos de relaciones sexuales, más allá del ámbito matrimonial o de la prostitución, sin necesidad de involucrarse emocionalmente o recurrir a transacciones económicas. En cambio, para las mujeres, la revolución sexual implicó que su sexualidad continuara estando subordinada a la de los hombres. Se esperaba que las mujeres se adaptaran a una sexualidad masculina enfocada

en la genitalidad y la penetración, consolidando así dinámicas desiguales en lugar de eliminarlas.

A partir de ese momento, se impuso a las mujeres una carga desproporcionada en torno a su sexualidad. Esta sobrecarga ha servido como base para el surgimiento de una cultura que normaliza la prostitución y fomenta la expansión de la industria del sexo, donde los cuerpos femeninos se convierten en mercancías. Esta transformación cultural ha consolidado la idea de que el placer sexual es un derecho masculino, reforzando dinámicas de poder desiguales. Como resultado, se ha facilitado la creación y legitimación de una cultura centrada en la pornografía y la prostitución, perpetuando la explotación de las mujeres en nombre del deseo masculino (Cobo, 2019: S12).

Con la llegada de la revolución sexual entre las décadas de los 60 y 70, surge la pornografía. Antes de los años 50, apenas existían representaciones explícitas de la sexualidad. Entre los años 60 y los 80 surge en Estados Unidos la llamada, “edad de oro de la pornografía”. Fue en esta época donde nacen las revistas pornográficas y se empezaron a estrenar películas porno de alto presupuesto en los cines (Alario, 2021: pp 131). Un punto de inflexión muy importante dentro del movimiento de la “revolución sexual” se produce en el año 1972, momento en el que se estrena la película “Deep Throat” (1972). Este largometraje es el más exitoso de toda la historia de la pornografía, generando más de 100 millones de dólares en beneficios y pasando alrededor de dos años en las listas de películas más vistas del momento. “Deep Throat” consiguió abrir un debate sobre el porno a nivel nacional, una lucha entre las feministas que rechazaban la pornografía y los hombres que la veían como algo liberador en contra de la represión sexual de las personas.

Las feministas reivindicaron que esta película y la pornografía no tomaban en serio el placer de las mujeres, basándose todo en las fantasías sexuales de la población masculina. Los defensores de la película, por su parte, decían que esta resumaba igualdad, puesto que la protagonista usaba a los hombres como objetos, exactamente lo mismo que hacían los hombres con las mujeres. Todo esto era un gran avance en la igualdad, según ellos (Alario, 2021). En su obra, "El imaginario pornográfico como pedagogía de la prostitución", Rosa Cobo (2019) indica que la pornografía hipersexualiza la figura de la mujer para generar una imagen irreal de esta que transforma en el colectivo general, sobre todo en el masculino, la forma en la ven a las mujeres, modificando así las relaciones sexo-afectivas de la sociedad. La pornografía relata una ficción de las relaciones sexuales donde normaliza comportamientos denigrantes y brutales hacia la figura de la mujer, lo que es un problema, ya que genera una normalización de las relaciones sexuales irreales, y al ser el porno el primer acercamiento a la sexualidad de los jóvenes crea una problemática social de gran importancia, ya que debido a la falsa información y a la poca educación sexual que reciben, los jóvenes recrean esas conductas sexuales en sus primeras relaciones, lo que legitima esta conducta como normal y vicia su identidad como personas (Cobo, 2019).

Debido al avance de las redes sociales, estas actitudes se han extendido no solo a las relaciones íntimas, sino que también a las relaciones online. Según Montserrat Peris, Carmen Maganto y Lorea Kortabarría (2013), "Las redes sociales (RS) se han convertido en el medio de vehiculizar el interés sexual del adolescente y el lugar donde más se exponen a través de las publicaciones fotográficas", este uso de las redes sociales ha abierto una nueva vía de comunicación, donde las productoras pornográficas y sus actores se comunican con sus seguidores mediante el uso de fotografías con alto contenido sexual/erótico, para así atraerlos a sus plataformas de contenido. Además, gracias a los sistemas de promoción y al propio algoritmo de las redes sociales, hace que su contenido se expanda por todo el mundo, alcanzando a miles de cuentas que no buscaban ese contenido en específico y aun así les ha aparecido en sus redes, lo que amplifica gravemente el problema de la pornografía a un nivel global.

Ana de Miguel (2016), desde una perspectiva feminista, aborda el concepto de "pornificación de la cultura", un fenómeno que caracteriza a la cultura occidental contemporánea y que está intrínsecamente vinculado al mercado, la cultura popular y la producción académica. Según su análisis, uno de los aspectos clave de esta pornificación es la idea de persuadir a las mujeres, especialmente a las jóvenes y a aquellas que se identifican como heterosexuales, de que incorporar elementos de la pornografía en su vida cotidiana puede mejorar significativamente tanto sus relaciones personales y amorosas como su desarrollo profesional. Esta narrativa refuerza la integración de valores y prácticas pornográficos en diversos ámbitos de la vida, presentándolos como beneficiosos y deseables para las mujeres.

Por otro lado, la autora nos informa de que las nuevas tecnologías han revolucionado el nuevo milenio favoreciendo el consumo de la pornografía. Esto se debe en parte a su acelerado desarrollo, especialmente el fácil acceso y vasto volumen de contenidos en Internet. También ha despertado interés la forma en la que el material pornográfico no solo se ha multiplicado, sino que se ha normalizado.

Andrea Dworkin afirma que la pornografía es un hecho social funcional a la jerarquía de género, que contribuye a la definición de la normatividad femenina (Dworkin, 1987).

Por último, Adrienne Rich (1985, p. 86) sostiene que la pornografía está cargada de representaciones que refuerzan ideas degradantes y violentas sobre las mujeres. Según su análisis, estas imágenes presentan a las mujeres como meros objetos destinados a satisfacer el deseo sexual masculino. Lo más dañino de estas representaciones es el mensaje implícito de que las mujeres disfrutan ser tratadas como presas sexuales, asociando la sexualidad femenina con el masoquismo. La pornografía promueve la idea de que la violencia y el sexo están entrelazados, y que la humillación y el abuso físico pueden resultar placenteros y eróticos para las mujeres. Estas representaciones contribuyen a normalizar dinámicas de poder desiguales y perpetúan la explotación de las mujeres.

2.2. La pornografía desde un enfoque feminista no abolicionista

A finales de los años setenta se inició el debate feminista sobre la pornografía, primero en Estados Unidos y después en Europa. El feminismo radical de los años setenta cuestionó la sexualidad, conceptualizándola como un hecho político y convirtiéndola así en objeto de análisis teórico y lucha política. En este contexto, la pornografía y la prostitución comenzaron a convertirse en preocupaciones políticas dentro del movimiento feminista en general. En la década de 1980, el feminismo sentó las bases de los actuales debates teóricos y políticos sobre la pornografía y la prostitución. El feminismo cultural es un derivado del feminismo radical, cuyos teóricos más importantes, como Adrienne Rich (1985), Catherine MacKinnon (1989) y Andrea Dworkin (1987), conceptualizaron estas instituciones como patriarcales. En el otro extremo, Gayle Rubin (1989), Carol Vance (1989) o Alice Echols (1989) defenderían estas realidades como expresiones de libertad sexual.

Por tanto, por una parte, las feministas que entienden la pornografía como una institución patriarcal teorizan sobre que esta institución es una manifestación de la violencia sexual, además de que son los varones los que crean prácticas y definiciones sociales para legitimar el acceso sexual a los cuerpos de las mujeres. Por otra parte, las feministas que defienden la pornografía no se centran en la desigualdad ni en la jerarquía de género, si no que, para ellas, lo fundamental es el placer sexual de las mujeres además del reconocimiento de la sexualidad como derecho fundamental, así que la libertad sexual es el bien a proteger.

Una de las teóricas que se posicionan a favor de la pornografía como una forma de libertad sexual es Virginie Despentes (2006), defiende esta industria como una forma de escapar de las tensiones y de los tabúes que nos impone la sociedad. Además, se refiere a ella como un medio en el que los individuos pueden negociar consigo mismos, diferenciando la realidad de la fantasía. Por todo ello, se opone a las políticas abolicionistas y que censuran la pornografía. Asimismo, esta autora hace una crítica a algunas perspectivas feministas con respecto a la idea de que la pornografía es una forma de reproducción de violencia sexual. Esta cuestión supone una lucha entre diferentes corrientes del movimiento, ya que, desde un enfoque no abolicionista resulta muy radical censurar toda la industria, debido a que se entiende que existen múltiples géneros pornográficos y muchas formas de filmarlo. Desde esta postura se propone una forma de consumo más disidente y sostenible.

En esta línea también encontramos a Gayle Rubin (1989), una de las feministas americanas que no condena la pornografía, la prostitución y, en general, aboga por la libertad dentro de las prácticas sexuales. Esta autora nos habla de la existencia de una frontera entre lo que podemos llamar “el sexo bueno” y “el sexo malo”. La mayor parte de los discursos existentes (políticos, religiosos, psicológicos...) siempre han estado delimitando una pequeña parte de la sexualidad humana como la forma correcta y saludable, dejando en el otro lado de la frontera una gran cantidad de sexualidad tachada

como prohibida o políticamente condenable. Muchos de los debates actuales sobre estos temas se basan sobre dónde se debe colocar esta frontera entre lo adecuado y lo prohibido (Rubin, 1989). En las últimas décadas, gracias a la lucha de las feministas y de los muchos debates sociales sobre el tema, muchas conductas están empezando a cambiar su lado de la frontera. Aunque al final, estos modelos de una sexualidad “buena” o “mala” siempre vendrán dados por los discursos de los grupos dominadores en la sociedad, a los que va a favorecer, mientras discrimina a los grupos menos privilegiados.

Esta autora plantea la necesidad de desarrollar una teoría radical sobre la sexualidad que visibilice las formas de opresión sexual y las injusticias que surgen en torno al erotismo. Según su análisis, las sociedades occidentales modernas establecen una jerarquía de valor para los actos sexuales, en la que ciertos comportamientos y grupos son colocados en lo más bajo de esta escala. Entre los colectivos más estigmatizados se encuentran los transexuales, travestis, fetichistas, sadomasoquistas y trabajadores sexuales. Rubin considera que el sexo puede actuar como un mecanismo de opresión, especialmente para grupos como los sadomasoquistas, gays o incluso pedófilos, quienes son marginados y condenados socialmente.

Además, Rubin señala que la industria del sexo, aunque refleja el sexismo estructural de la sociedad, también representa una forma de libertad sexual. Por ello, considera importante defender tanto a los trabajadores como a los empresarios de este sector, quienes a menudo enfrentan un fuerte estigma social. Para Rubin, la industria del sexo no es un ideal feminista, pero sí un reflejo de las desigualdades y dinámicas de poder existentes en la sociedad en su conjunto (Rubin, 1989).

Según Carole Vance, el placer sexual femenino se debilita al poner el foco en el peligro sexual y las estructuras de dominio patriarcal. Por lo tanto, para ella, hay que iluminar el placer y la gratificación sexual, y así se fortalece la libre elección de las mujeres, o sea, la libertad, y se afirma la idea de las mujeres como seres libres y activos (Vance 1989). Vance afirma que “el feminismo debe dirigirse al placer sexual como un derecho fundamental, que no puede ser pospuesto a un tiempo mejor o más fácil” (Vance 1989, p. 47) además de que el énfasis en el peligro “fue útil en sus comienzos –en los inicios del feminismo– como ruptura ideológica”, pero ahora es “poco dialéctico y simplista” (Vance 1989, p. 17).

Ana Valero (2023, 28 de marzo), explica en una entrevista para el periódico El Diario que en España autoras como Amelia Valcárcel o Rosa Cobo están adoptando posiciones propias del radicalismo de esta época. Según Valero, desde esta perspectiva, se asume que los hombres tienen una inclinación natural hacia la violencia y que la pornografía no es simplemente una forma de expresión, sino un acto de supremacía masculina que perjudica a todas las mujeres.

Valero también muestra preocupación por cómo el movimiento abolicionista de la pornografía, en auge desde los años 80, ha empezado a vincularse con posturas

conservadoras en el ámbito político. Sobre la relación entre pornografía y violencia sexual, Valero destaca que los estudios sociológicos y psicológicos realizados no alcanzan un consenso claro. Si bien algunos estudios experimentales sugieren que un consumo excesivo de pornografía podría actuar como un factor de riesgo en hombres con predisposición agresiva, no se puede establecer que sea la causa directa de la violencia contra las mujeres. En cambio, señala que esta relación debe analizarse dentro de un conjunto más amplio de factores sociales y psicológicos.

En cuanto a la libertad de expresión, Valero defiende que esta solo debería limitarse cuando exista un vínculo causal claro y directo entre el discurso y un daño real a los derechos de las personas o a bienes jurídicos protegidos. En el caso de la pornografía y su impacto en las mujeres, argumenta que no se ha demostrado un nexo causal directo, sino apenas una probabilidad. Sin embargo, concluye que sí se puede establecer una conexión más sólida entre el consumo de pornografía y el impacto en menores, lo que justifica una mayor regulación en este ámbito.

2.3. La erotización y sexualización de la vida cotidiana

En los últimos años, hemos asistido a un proceso de intensificación de la presencia de la sexualidad en la vida cotidiana. No se trata únicamente de una mayor visibilidad o normalización del sexo, más bien, estamos hablando de una erotización de lo social, es decir, una integración de lo sexual en todos los ámbitos de la vida humana: el consumo, las emociones, la publicidad, las redes sociales y los vínculos afectivos (Illouz, 2009). En este contexto, el cuerpo y el deseo ya no aparecen exclusivamente en el ámbito íntimo, sino que se vuelven elementos centrales del capital simbólico (Bourdieu, 1991, pp. 142) y económico de los sujetos. Como señala Illouz (2009), “el amor y el deseo han sido reformulados por el discurso del consumo y se han convertido en parte de un estilo de vida que debe reflejarse en la estética del yo” (Illouz, 2009, pp. 23).

En su icónico libro, "El consumo de la utopía romántica: El amor y las contradicciones culturales del capitalismo" (2009), sostiene que el capitalismo contemporáneo ha absorbido el lenguaje del deseo y lo ha puesto al servicio de la lógica de mercado. La búsqueda del placer, la conexión emocional y el erotismo se han convertido en mercancías: se producen, se compran y se venden: “Las emociones son hoy parte del repertorio de bienes culturales que las industrias producen, circulan y comercializan” (Illouz, 2009, pp. 29). De esta manera, las emociones y las prácticas sexuales están cada vez más atravesadas por la racionalidad del consumo, donde el valor de una experiencia se mide por su intensidad, novedad y capacidad de generar satisfacción inmediata. Esta lógica transforma las relaciones sexuales y afectivas en productos gestionables, optimizables y evaluables, en línea con los discursos neoliberales sobre el éxito individual. En palabras de la autora: “La cultura del capitalismo tardío tiende a convertir las relaciones íntimas en experiencias evaluables, planificadas y racionalizadas” (Illouz, 2012, pp. 51).

Esta tendencia no se explica únicamente por factores económicos. Como ya señaló hace cinco décadas Michel Foucault (1976), el poder no reprime el deseo, sino que lo produce, organiza y canaliza a través de discursos normativos. “El poder no actúa solamente reprimiendo, sino que produce saber; induce placer; forma saber; produce discursos” (Foucault, 1976, pp. 126). Así, “la sexualidad no está condenada al silencio, sino que se ha hecho hablar de ella sin cesar” (Foucault, 1976, pp. 31). Desde esta mirada, la erotización de la vida cotidiana puede decirse que se ha convertido también es también un mecanismo de control, en cuanto define qué se desea, cómo se desea y a quién se puede desear. La sexualidad funciona, entonces, como un dispositivo de regulación social que articula normas de género, clase y raza, al tiempo que construye formas legítimas de experimentar el cuerpo y el deseo. La hipersexualización de los cuerpos (sobre todo de los cuerpos femeninos) responde, por tanto, a intereses normativos y estructurales que buscan reproducir relaciones de poder bajo el disfraz del placer y la libertad (Foucault, 1976).

Como afirma Alario Gavilán, en su obra "Política sexual de la pornografía" (2021), la sexualidad no implica simplemente una presencia del sexo, sino una forma específica de representarlo: jerárquica, desigual y orientada al deseo masculino. En este proceso, los cuerpos femeninos son presentados como objetos disponibles, fragmentados y erotizados para el consumo visual, lo que configura una pedagogía del deseo centrada en la dominación. Esta erotización no solo ocurre en el ámbito pornográfico, sino también en las redes sociales, la moda, la publicidad y los productos culturales mainstream, reforzando una normatividad que convierte la apariencia física y la sexualidad en ejes de valor social (Alario, 2021). Así, vivimos en una sociedad donde el deseo es producido, distribuido y gestionado, no como un impulso libre e individual, sino como un fenómeno atravesado por relaciones de poder. La “libre elección” (De Miguel, 2015, pp. 14) que se esgrime en muchos discursos contemporáneos sobre la sexualidad se revela, en este marco, como una construcción profundamente mediada por procesos de socialización y condicionamientos estructurales (De Miguel, 2015). Veamos, a continuación, cómo se ha expresado este proceso a través de la pornografía.

2.4. ¿Qué efectos tiene la pornografía en las prácticas sexuales y afectivas?

Para empezar a hablar de los efectos psicológicos que tiene la pornografía en los jóvenes es necesario citar el trabajo de Nikolaas Tinbergen (1951). Tinbergen fue un zoólogo que investigó todo tipo de especies animales e introducía estímulos externos que creía que podían modificar los comportamientos de esos animales.

"Del mismo modo, pájaros cantores que seleccionan sobre la base del color del huevo ignorarán sus propios huevos de pálido moteado, a favor de huevos ficticios de colores brillantes, incluso cuando estos huevos son tan grandes que las aves se deslizan repetidamente y tienen que volver a subir" (Tinbergen, 1951).

Así se crea el término de "estímulos supernormales". Los estímulos supernormales, son estímulos creados y modificados intencionalmente, con el objetivo de generar una respuesta más intensa en el organismo que lo recibe, apelando a uno de sus instintos biológicos básicos. "Los animales encuentran estímulos supernormales principalmente cuando los experimentadores se los proporcionan. Los humanos en cambio, podemos producir los nuestros: dulces más dulces que cualquier fruta, rellenos; animales con ojos más grandes que cualquier cría, pornografía, propaganda sobre enemigos amenazantes" (Barret, 2015: 3). Por tanto, la pornografía apela a nuestro instinto de reproducción y esto provoca reacciones intensas en nuestro cerebro.

Por otra parte, tenemos el efecto coolidge (Bermant et al., 1968), este efecto es un estado de perpetua excitación en los machos de todas las especies (las hembras no están exentas de esto, pero lo viven de forma distinta), siempre que se presenten distintos estímulos novedosos que apelen al instinto de sexualidad. La pornografía es tan adictiva por que ofrece esa novedad de forma constante.

La pornografía afecta de una manera diferente a hombres y a mujeres, ya que también la consumen de una forma diferente. En España, según el informe del Observatorio Español de las Drogas y de las Adicciones (2023), existen diferencias en el visionado de pornografía dependiendo del sexo del consumidor. Se analizan tres intervalos; haber consumido pornografía alguna vez, en los últimos 12 meses y en los últimos 30 días. Se muestran cambios significativos según el sexo en los tres períodos, pero el más significativo es el de los últimos 30 días, siendo un 68,4% en hombres y un 19,3% en mujeres.

Según Gary Wilson, nuestro cerebro es el mismo que el de todos nuestros antepasados, pero ahora tenemos la oportunidad de ver más cuerpos desnudos en diez minutos que todos nuestros antepasados en todas sus vidas juntas, y nuestro cerebro, no está preparado para dicha estimulación (Wilson, 2014). Así, nos encontramos estudios, como el realizado por la Universidad de Carolina del Norte en 2017, que analizó los comportamientos de consumo de pornografía en universitarios estadounidenses. El estudio concluyó que un 19% de los universitarios hombres de EE. UU. padecían adicción a la pornografía, mientras que en universitarias esta adicción era de un 4%.

Entonces la pregunta es, ¿cómo funciona nuestro cerebro para que la pornografía se vuelva tan adictiva?

Cuando vemos pornografía nuestro cerebro genera grandes cantidades de dopamina, la dopamina no genera placer por sí mismo, pero nos indica el camino para alcanzarlo Wilson (2015). Cuando generamos cantidades ingentes de dopamina nuestro cerebro libera otras dos moléculas que sí son capaces de modificar nuestro cerebro (Lynn, 2012), este circuito de recompensas también se activa con el consumo de cocaína y heroína, por eso son tan adictivos (Winstanley et al., 2009). Por una parte, tenemos la Delta Fos B, esta crea recorridos neuronales que generan hábitos de consumo y nos indica el camino

hacia el placer, así aumenta nuestra deseabilidad hacia el contenido pornográfico, nos hace desearla más. Por otra parte, está la Creb, que ejerce de freno ante esta segregación de dopamina. Expande los límites que tenemos en nuestra cabeza para incorporar dicha dopamina, esto genera tolerancia, así, necesitamos más niveles de dopamina para alcanzar el mismo placer.

Así se crea un ciclo donde se reconfigura nuestro cerebro para que desee consumir más pornografía y, por otro lado, para que disfrute menos de dicha pornografía.

Por lo tanto, todo esto tiene consecuencias en los jóvenes. Como bien nos dice Velasco y Gil (2016), la pornografía puede tener un impacto significativo en los adolescentes, promoviendo el desarrollo de conductas adictivas o dependencias centradas en la búsqueda del placer. Esto puede desencadenar problemas físicos como impotencia sexual, masturbación compulsiva, eyaculación precoz, un aumento de fantasías sexuales o fetiches, así como la normalización de conductas sexuales de riesgo, incluyendo la exposición a enfermedades de transmisión sexual (ETS), violaciones u otros comportamientos sexuales delictivos. Además, esta dependencia puede afectar aspectos psicológicos, generando sentimientos de culpa, vergüenza, rechazo social y aislamiento, así como distorsiones en la percepción del sexo opuesto o de sí mismos, ira, depresión, entre otros problemas emocionales (Velasco y Gil, 2016).

Además, según Villena et al. (2020), las consecuencias del consumo de pornografía se manifiestan principalmente en el desarrollo interpersonal, afectando áreas personales y vocacionales del individuo. Este consumo puede alterar el desarrollo de las conexiones cerebrales, lo que resulta en un menor desempeño académico y una mayor predisposición al consumo de sustancias. Y, también se produce una desensibilización en los jóvenes, que es la tolerancia que tiene nuestro cerebro hacia contenido pornográfico y que se traduce a otros aspectos de nuestra vida.

Por lo tanto, podemos ver como la pornografía tiene implicaciones psicológicas importantes en los jóvenes, que tienen influencias en su vida social y desarrollo personal, pero, además, como vimos en el primer apartado, la pornografía también genera expectativas sexuales hacia los jóvenes poco realistas, y genera una jerarquía sexual entre hombres y mujeres que mantiene y reproduce relaciones de desigualdad y de violencia.

2.5. Socialización de género, desarrollo de la empatía, gustos aprendidos

La socialización de género se refiere al proceso mediante el cual las personas, desde su infancia, interiorizan normas, expectativas, valores y roles atribuidos culturalmente al género. Esta socialización comienza tempranamente en la vida y se consolida a través de la interacción con distintos agentes y contextos, como la familia, la escuela, los medios de comunicación y la religión (Sosa & Imhoff, 2023, p. 100-105).

Como dice Mónica Alario Gavilán:

“Los géneros son el principio organizativo principal de la vida social (De Miguel, 2015a: 231). Los géneros no son naturales, sino que son construcciones sociales; por tanto, no son innatos, sino que se aprenden. La socialización de género es el proceso por el que las personas interiorizan e incorporan en su manera de ser y de vivir el género que les corresponde” (Alario Gavilán, 2021: 57).

Por tanto, como ya vimos antes, y analizándolo desde una perspectiva crítica, el género no es una característica natural o biológica, sino una categoría relacional construida social e históricamente, que organiza jerárquicamente las relaciones entre los sexos en función de una lógica patriarcal. En este sentido, la socialización de género no sólo establece diferencias, sino también desigualdades de poder entre hombres y mujeres (Sosa & Imhoff, 2023, p. 100-101). Esta socialización es casi imperceptible, y es gracias a esta “colonización interior” por la que se mantiene la política sexual (Millett, 2010: 70).

Actualmente, es difícil aceptar que estamos educando de forma diferente a los niños y a las niñas, pero existen marcas físicas (como los pendientes en las niñas) y marcas simbólicas (como el apellido del padre) que demuestran las diferencias que existen en la socialización de los menores desde que nacen (De Miguel, 2015). Otro aspecto muy importante en la socialización son el ejemplo y la imitación. Aunque las mujeres están inmersas en el mercado laboral, la realidad es que las tareas domésticas y de cuidados siguen recayendo en gran medida en sus manos. “A veces no importa tanto lo que se dice como lo que se hace” (De Miguel, 2015, p. 63), por tanto, si los menores se crían observando este reparto desigual en las tareas del hogar, es de esperar que acaben reproduciendo estos roles.

Además, la socialización de género no es pasiva. Las infancias no son meras receptoras de pautas, sino que también construyen activamente representaciones sociales a partir de sus experiencias (Sosa & Imhoff, 2023, p. 100). Sin embargo, estas representaciones están condicionadas por estereotipos de género, que definen lo que se espera de niños y niñas: por ejemplo, la agresividad y el liderazgo se asocian a los varones, mientras que la ternura y la obediencia se adjudican a las niñas (Sosa & Imhoff, 2023, p. 102).

Dentro de las socializaciones de género también se construyen los deseos y los gustos. Desde la infancia, las personas aprenden, según se les identifique como niñas o niños, que hay gustos, intereses y deseos que se espera que tengan, y otros que deben evitar, ya que no son considerados apropiados para su género (Alario, 2021). Por ejemplo, a los niños, desde pequeños, se les suele decir que no deben jugar con muñecas porque eso “es de niñas”, mientras que a las niñas se les desalienta a jugar con coches o a mostrar interés por el fútbol porque “eso es de niños”. De esta forma, se limita lo que pueden desear o disfrutar, en función de estereotipos de género. Como bien comenta Ana de Miguel, una herramienta que facilita la invisibilización de la socialización de género es el “mito de la libre elección”, donde se asume que las diferencias en los gustos y los comportamientos de mujeres y hombres vienen dadas por un “deseo innato” y no por su entorno social (De Miguel, 2015).

Al igual que los gustos no son un aspecto aislado de las construcciones sociales, los gustos sexuales y la sexualidad tampoco lo son, al contrario, estos se configuran de acuerdo al género. La sexualidad masculina se desarrolla en consonancia con las normas de la masculinidad, y la femenina, con las de la feminidad. Los aprendizajes transmitidos a través de la socialización de género también moldean la forma en que las personas viven su sexualidad: así como se enseña cómo "ser hombre" o "ser mujer", también se enseña cómo "comportarse sexualmente" según cada género. Por ello, si queremos entender por qué algunos varones pueden sentir excitación sexual al ejercer violencia sobre las mujeres, primero debemos analizar cómo se ha construido la idea de la masculinidad y de la sexualidad masculina (Alario, 2021, p. 61).

Simone de Beauvoir (1949) señaló en "El segundo sexo" que la feminidad se define por estar orientada hacia las necesidades y expectativas de los demás ("ser para otro"), mientras que la masculinidad se caracteriza por centrarse en uno mismo ("ser para sí"), priorizando los propios intereses, deseos y bienestar. Además, este modelo de masculinidad está estrechamente vinculado a una limitada capacidad de empatía. A diferencia de las mujeres, quienes a través de la socialización desarrollan ampliamente la empatía, en los varones esta habilidad no solo no se fomenta, sino que incluso puede verse reprimida, ya que tradicionalmente se considera un rasgo femenino (Simón, 2010; Subirats, 2013).

Cuando hablamos de empatía, hablamos de, por una parte, saber reconocer las emociones ajenas y, por otra parte, compartir esas emociones en la medida en que se reconoce al otro como igual. Esta capacidad de ponerse en el lugar del otro es lo que impulsa a evitar causar dolor o sufrimiento. Sin embargo, en el proceso de socialización masculina, los varones aprenden a no percibir a las mujeres como sus iguales, lo cual dificulta el desarrollo de la empatía hacia ellas (Alario, 2021).

Es precisamente esta falta de empatía hacia las mujeres un elemento central para entender la violencia sexual. Para que un hombre pueda excitarse en situaciones de violencia o falta de consentimiento, es necesario que haya aprendido a desconectar emocionalmente del sufrimiento de la otra persona. Así, la posibilidad de erotizar el dolor ajeno se apoya en un proceso previo de deshumanización de las mujeres (Alario, 2021, p.68).

Además de la empatía, otro punto muy importante de la socialización masculina es el desarrollo de la tolerancia hacia la violencia. Desde edades tempranas los niños son incentivados a desarrollar cualidades físicas y emocionales asociadas a la violencia, ya que estas características son altamente valoradas en los modelos de masculinidad tradicionales, de hecho, la mayoría de niños son socializados para disfrutar del ejercicio de la violencia sobre otros, lo que contribuye a que normalicen una violencia de baja intensidad, constante y presente en sus interacciones cotidianas. (Subirats, 1999; Simón, 2010; De Miguel, 2015).

Estos valores se transmiten no solo a través de prácticas sociales, sino también mediante productos culturales dirigidos a la infancia: los juguetes orientados a los niños, por ejemplo, reproducen de forma explícita temáticas bélicas y violentas, como se observa en artículos inspirados en franquicias populares como Avengers, Transformers o Juego de Tronos (De Miguel, 2015).

La misma tendencia se puede apreciar en la industria de los videojuegos, donde los contenidos giran en torno a peleas, guerras y competiciones agresivas. Asimismo, el mundo del deporte, en especial el fútbol masculino, constituye otro ámbito donde la sociedad legitima la expresión de una masculinidad invasiva y agresiva (Alario, 2021). Todos estos factores de la socialización masculina se han trasladado al ámbito de la sexualidad. Como dijo Alario Gavilán (2021):

“La sexualidad no solo es un terreno en que los varones tratan de confirmar su masculinidad, sino que, mientras que en otros terrenos cada vez encuentran más dificultades para hacerlo, en la sexualidad se convierte en una exigencia. Los hombres van a vivir la sexualidad como un terreno en el que deben mostrar su capacidad de posicionarse por encima de las mujeres. Así, la sexualidad, en la masculinidad, tiene dos funciones: es, en primer lugar, el terreno en que los varones satisfacen sus deseos sexuales y obtienen placer sexual y es, en segundo lugar, el terreno en que intentan posicionarse por encima de las mujeres (...). Hablar de sexualidad masculina es hablar de una construcción en que el placer sexual incluye el placer del poder, en que la excitación sexual va a estar vinculada a la sensación de poder sobre las mujeres. La excitación sexual masculina tiene así dos componentes: la excitación sexual puramente física y la excitación sexual de sentir ese poder sobre las mujeres” (Alario, 2021, p. 72).

Por tanto, esta necesidad por mostrar una superioridad en el ámbito sexual, abre las puertas a todo un espectro de violencia sexual. Una violencia que se vive como algo excitante, debido precisamente a esta “excitación sexual hacia el poder”. Pero, además, esta unión entre sexo y violencia es posible gracias a una cosificación y deshumanización previa del cuerpo femenino (Alario, 2021).

Es en este punto donde entra el juego el papel de la “libre elección” que antes se mencionaba (De Miguel, 2015). Para empezar, el discurso de la “libre elección” sostiene que hombres y mujeres ya han alcanzado la igualdad, y que, por tanto, son plenamente libres de tomar cualquier decisión, sin estar condicionados por las posiciones sociales que ocupan. Desde esta perspectiva, las decisiones que llevan a las mujeres a situaciones de subordinación no serían el resultado de influencias sociales o de estructuras de poder, sino simplemente fruto de su total libertad individual. En este marco, la "libertad de elección", entendida de forma aislada del contexto social, se convierte en el criterio fundamental: si una mujer toma una decisión, se asume que lo ha hecho de manera plenamente libre, y cualquier intento de analizar críticamente esa elección es visto como un acto paternalista o una forma de represión (Alario, 2021).

El problema es que la socialización femenina tiene mucho que ver en cuanto a las decisiones y comportamientos de las mujeres. La empatía y los cuidados han sido dos pilares fundamentales en la socialización femenina. Las niñas siguen siendo socializadas para encargarse de las tareas de cuidados, solo hay que fijarse en los juguetes destinados para niñas (muñecas, cocinitas, maquillaje, etc.). Así “aprende a cuidar, a responsabilizarse de otros, a proteger al débil, gestándose en ella sentimientos de compasión, comprensión, ternura, sacrificio, aprende a anteponer el cuidado de otros a sus logros personales, renunciando progresivamente a su yo individual (...) la niña va interiorizando que su vida solo tiene sentido en función de otros” (Herranz, 2006, p. 66). Y, sobre todo, van a aprender a disfrutar de todo esto, de tal forma que vean todas estas tareas de cuidados como algo divertido.

Por tanto, la sexualidad femenina está marcada por esta socialización de género. Y como ya vimos antes, mientras que, para los hombres, la sexualidad está basada en el “ser para sí”, para las mujeres está profundamente marcada por la lógica del “ser para otro” (Alario, 2021). A las mujeres se les enseña a vincular su propio bienestar con la capacidad de generar bienestar en los demás, priorizando las necesidades ajenas por encima de las propias. Esta forma de socialización puede llevarlas a tomar decisiones que resulten perjudiciales para sí mismas si con ello logran satisfacer al otro. Esta dinámica se extiende a todos los ámbitos de su vida, incluida la sexualidad, donde aprenden a vivirla bajo la norma del agrado, enfocándose en complacer antes que en disfrutar. De esta manera, las mujeres son socializadas para encontrar placer en dar placer y para desear lo que el otro desea, e incluso aquello que se espera que deseen. Como señala Puleo (2019, p. 60), en el patriarcado del consentimiento muchas mujeres jóvenes terminan acomodándose a los deseos de los demás, relegando y olvidando sus propios deseos.

Las mujeres desde la infancia son socializadas para que deseen ser deseadas, y además de esto, se les enseña que su valor reside en lo sexualmente atractivas que resulten para los hombres (Alario, 2021). Todo esto implica que el deseo genuino de las mujeres está relacionado exclusivamente con ser vistas como deseables por los hombres, quienes son considerados los verdaderos agentes del deseo (Aguilar, 2017: 96). Las jóvenes no aprenden a desear a otros, sino a desear ser deseadas por ellos (Wolf, 1991: 203). Este proceso culmina en que su deseo se orienta a lograr esa validación masculina. La influencia de una cultura sexualizada, marcada por la pornografía, les enseña a las mujeres cómo deben actuar para conseguirlo. La socialización las lleva a definirse por su imagen y su atractivo, lo que, en la adolescencia, termina por convertirse en una "elección" consciente de cosificarse y sexualizarse a sí mismas.

“Los jóvenes aprenden a erotizar imágenes que no les enseñan nada en cuanto al deseo en la mujer. Tampoco las jóvenes saben erotizar el deseo femenino. Tanto hombres como mujeres, por lo tanto, erotizan solo el cuerpo femenino y el deseo masculino (...). La reacción en cadena (...) hace que el sentimiento sexual de la mujer dependa del del hombre” (Wolf, 1991: 205).

Por tanto, podemos ver como en este proceso de socialización de género, los hombres aprenden a sentir placer y deseo sexual por ejercer violencia sexual hacia las mujeres y las mujeres aprenden a sentir placer y deseo sexual al recibir esta violencia, ya que han erotizado su propia subordinación.

2.6. El cuerpo, el deseo y el poder: la erotización y sexualización en la sociedad contemporánea

Vivimos en una sociedad erótica y sexualizada, en la que el cuerpo y el placer se han convertido en campos de regulación y construcción social más allá de lo biológico o natural. Este proceso, conocido como la erotización de la vida cotidiana no es un fenómeno reciente, sino que es resultado de siglos de procesos históricos, sociales y culturales que han moldeado nuestras percepciones, emociones y comportamientos en torno al deseo sexual y cómo éste debe de ser satisfecho.

Ya en los años 70, Michel Foucault, en su obra "La historia de la sexualidad" (1976) demostraba cómo la sexualidad no ha sido simplemente reprimida, sino que también está gestionada por el poder a través de discursos normativos que regulan y clasifican el deseo. Es así como este autor introduce el concepto biopoder para explicar cómo las instituciones modernas, como la familia, la escuela, la medicina o la religión, no sólo reprimen los cuerpos, sino que los modelan y gestionan en función de intereses políticos y sociales (Foucault, 1976, pp. 135-136). Foucault muestra que el poder no actúa tanto mediante la prohibición explícita, sino a través de la creación de normas que estructuran lo que se considera "deseable" y "legítimo". La pornografía, en este sentido, juega un papel clave como dispositivo de saber-poder, ya que no solo refleja ciertos modelos de dominación o sumisión, sino que también produce y reproduce formas de subjetividad sexual que ajustan el deseo a patrones heteronormativos y patriarcales (Foucault, 1976). Por tanto, al representar de manera repetitiva modelos de dominación, violencia o sumisión, la pornografía dominante no solo muestra lo que "excita", sino que también participa en la configuración de lo que se considera deseable, placentero o legítimo (Foucault, 1976).

Unas décadas después, Pierre Bourdieu en su obra "La dominación masculina" (1998), al abordar el cuerpo y el deseo a través de su concepto de habitus, nos ayuda a comprender cómo las estructuras de dominación se inscriben en los cuerpos. El habitus es un sistema de disposiciones adquiridas mediante la socialización que guía nuestras percepciones, pensamientos y acciones. Para Bourdieu, el cuerpo no es una entidad aislada, sino que es el producto de relaciones de poder que se inscriben en él y que se reproducen en la vida cotidiana. En su análisis de la dominación masculina, el autor argumenta que las relaciones de género no solo se representan en el orden simbólico, sino que se encarnan en los cuerpos, dando lugar a lo que considera construcciones sociales legitimadas simbólicamente. El consumo de pornografía, desde esta perspectiva, no solo afecta al imaginario sexual, sino que también contribuye a la internalización de ciertos roles de género, perpetuando la desigualdad sexual (Bourdieu, 1998).

Más recientemente, estas aportaciones están siendo complementadas desde el análisis de la sociología de las emociones y de las relaciones íntimas. En esta disciplina destaca especialmente el trabajo de Eva Illouz quien, en su obra " El consumo de la utopía romántica: El amor y las contradicciones culturales del capitalismo" (2009), analiza cómo la sexualización y erotización de la vida cotidiana están profundamente ligadas al capitalismo y al consumo. Illouz sostiene que las emociones y el deseo se han convertido en productos de consumo en una sociedad capitalista, lo que ha transformado las relaciones y las experiencias en mercancías que se gestionan según las lógicas del mercado. Los medios de comunicación, en particular, juegan un papel crucial en este proceso, al proyectar imágenes de lo que se considera atractivo, deseable y legítimo, y al promover una visión del deseo que se vincula al consumo individualista y competitivo (Illouz, 2009).

La erotización de la vida cotidiana no solo responde a la demanda de placer, sino que es el resultado de un proceso de comercialización del deseo, que refuerza las normas sociales y las relaciones de poder ya descritas por los autores comentados, Foucault y Bourdieu. Por lo tanto, la sociedad en la que vivimos no es solo una sociedad que consume cuerpos, sino una sociedad que produce, regula y organiza el deseo. El deseo, lejos de ser una expresión espontánea o individual, está profundamente condicionado por las estructuras sociales, políticas y económicas que configuran nuestras vidas. En este sentido, los cuerpos no son simplemente receptores pasivos de deseo, sino que se convierten en sujetos activos que reproducen, a través de sus prácticas y comportamientos, las normas y relaciones de poder que definen lo que es deseable y legítimo. La pornografía, el consumo sexual y la erotización de la vida cotidiana son, por tanto, elementos clave para comprender cómo la sexualidad ha sido transformada en una maquinaria de poder y consumo en la sociedad moderna.

3. DISEÑO METODOLÓGICO

En este trabajo se utilizará un enfoque cualitativo, centrado en la comprensión y análisis de las experiencias y percepciones de las personas participantes. El diseño cualitativo resulta especialmente adecuado para el estudio de fenómenos complejos, como el impacto de la violencia en la pornografía sobre las prácticas sexuales, ya que permite acceder a significados subjetivos y contextuales que no serían captados mediante aproximaciones cuantitativas (Taylor, Bogdan & DeVault, 2015). Para ello, se emplearán dos técnicas de investigación: la observación participante virtual y las entrevistas en profundidad semiestructuradas.

3.1. Observación participante virtual

La observación participante virtual ha consistido en un análisis de contenidos de vídeos accesibles en las principales plataformas pornográficas, en concreto, Pornhub, XVideos y XHamster. Estas han sido seleccionadas por ser las webs de pornografía más visitadas a nivel global y nacional, según datos de Similarweb, que ofrece rankings de las webs más visitadas del mundo, Pornhub, XVideos y XHamster suelen aparecer en los primeros puestos tanto globalmente como en categorías para adultos (Similarweb, 2024). Además de los propios datos del informe estadístico anual de Pornhub, donde muestra que su

plataforma es líder en tráfico y consumo de pornografía online, incluyendo datos sobre los países que más la utilizan (España entre ellos) (Pornhub, 2024), lo cual las convierte en espacios representativos para el estudio del consumo pornográfico contemporáneo. Estas páginas también han sido fuentes de análisis de estudios previos por su alta representatividad y visibilidad (Dines, 2010). Esta técnica visual, propia de los estudios de cultura digital y medios visuales, permite examinar representaciones simbólicas, estructuras narrativas y dinámicas de poder presentes en los productos pornográficos (Rose, 2016). Se analizan los vídeos más populares y accesibles para el público general, priorizando aquellos que muestren prácticas potencialmente violentas (asfixia, humillación verbal, dominación física, etc.), con el fin de identificar patrones recurrentes y formas de representación de la violencia sexual en dichos contenidos.

El trabajo de campo se desarrolla a través de un registro sistemático en una hoja de cálculo (Excel), en la que se recopilan los siguientes datos de cada vídeo visionado: página donde aparece, fecha de publicación, categoría, título, protagonista (género y rol), número de visualizaciones, número de comentarios, diferenciación de los comentarios por género (chicos/chicas), número de “likes” y “dislikes”, uso o no uso de preservativo, descripción objetiva del contenido, así como un pequeño análisis interpretativo de las dinámicas sexuales representadas. Asimismo, se codifican de forma específica las prácticas consideradas como potencialmente violentas (por ejemplo, penetración forzada, agarrones del cuello, bofetadas, “garganta profunda”, eyaculaciones faciales, entre otras), con el objetivo de examinar su frecuencia y tratamiento estético y narrativo.

Además del análisis de los vídeos más populares por día, semana, mes y año en España (según el algoritmo y la accesibilidad desde España), se han incluido también los vídeos más vistos por categoría, utilizando como fuente complementaria las estadísticas anuales que ofrecen algunas plataformas, en este caso hemos utilizado la información de Pornhub, que permite segmentar los datos por país, edad y género (Pornhub Insights, 2024). Esto ofrece una visión contextualizada de los patrones de consumo pornográfico en España y permite establecer vínculos entre el contenido más consumido y las representaciones hegemónicas del deseo, el género y la violencia.

La elección de esta metodología responde al interés por estudiar cómo la violencia sexual simbólica se naturaliza a través de productos audiovisuales de consumo masivo. Tal como argumentan autores como Dines (2010) o Paasonen (2011), la pornografía online no solo representa fantasías sexuales, sino que también actúa como dispositivo pedagógico informal sobre el deseo, la feminidad, la masculinidad y el consentimiento. Así, el análisis sistemático de estos contenidos permite identificar no solo patrones visuales, sino también estructuras normativas y relaciones de poder inscritas en la cultura digital hipersexualizada.

Reflexión sobre el proceso de observación

Al ponerme a ver los vídeos traté de mantener siempre una actitud analítica, siguiendo la tabla de registro que había diseñado para anotar cada detalle. Aun así, la experiencia no fue nada neutral. Como nunca había visto porno antes, me encontré con escenas que me resultaron muy chocantes y difíciles de procesar. En más de una ocasión sentí incomodidad, rechazo e incluso cierto malestar, sobre todo cuando aparecían prácticas violentas como asfixias, golpes o humillaciones verbales mostradas como algo excitante y sin ninguna referencia al consentimiento. Ver ese tipo de escenas me impactó porque me hizo pensar en hasta qué punto estas prácticas están normalizadas en la pornografía y

en cómo pueden influir en quienes las consumen habitualmente, además de cómo han podido influir en mi propia sexualidad, a través de mis parejas sexuales.

En otros casos, la violencia aparecía casi como algo banal, integrada en las escenas sin cuestionamientos, lo que me llevó a reflexionar sobre la facilidad con la que ciertos comportamientos se pueden naturalizar en estos contextos. Todo esto no solo tuvo implicaciones en mi investigación, sino también en lo personal: me llevó a cuestionarme mis propias relaciones sexo-afectivas pasadas y presentes, preguntándome hasta qué punto algunas dinámicas podían estar atravesadas por ideas que vienen, directa o indirectamente, de este tipo de representaciones. En ese sentido, observar los vídeos no fue únicamente un trabajo de recogida de datos, sino también un ejercicio de confrontación personal que me hizo ser más consciente de cómo la pornografía, aun sin haberla consumido nunca antes, puede moldear imaginarios sobre el sexo y las relaciones.

Tabla 1.- Categorías temáticas recogidas en la sistematización documental de la información visual

CATEGORÍA	¿QUE SE OBSERVA?
Representación de violencia	Prácticas como asfixia, dominación verbal, bofetadas, humillación, etc.
Lenguaje y discurso	Cómo se habla sobre estas prácticas (¿normalizado? ¿fetichizado? ¿criticado?)
Consentimiento	Si se menciona o representa, y de qué forma
Género y poder	Quién ejerce el poder o la violencia; cómo se representa la diferencia de roles
Reacciones/comentarios	Likes, comentarios, compartidos, opiniones, bromas
Relevancia entre jóvenes	¿Se menciona que es algo “común”? ¿Se vincula con lo que hacen otros jóvenes?

Fuente: Elaboración propia

La información obtenida a través del análisis de contenidos digitales ha sido complementada con los discursos y narrativas de las entrevistas en profundidad realizadas. Las categorías más vistas por los propios/as entrevistados/as también se han analizado en detalle, con el objetivo de triangular la información y explorar cómo los consumos subjetivos se articulan con las tendencias de representación de la pornografía mainstream.

3.2. Entrevistas en profundidad

Las entrevistas en profundidad semiestructuradas constituyen la herramienta metodológica central de esta investigación. Este tipo de entrevistas permite explorar exhaustivamente las respuestas de las personas participantes y profundizar en los temas relevantes gracias a su carácter flexible y abierto (Kvale & Brinkmann, 2015). La estructura semiestructurada facilita que los entrevistados se expresen con libertad, lo cual

enriquece la información obtenida y favorece una comprensión más matizada del fenómeno estudiado.

La muestra incluida se ha basado en el criterio de consumo o no de pornografía. De esta manera, nos hemos dirigido a dos grupos de jóvenes diferenciados:

- Grupo 1: Jóvenes universitarios/as que afirman no haber consumido pornografía.
- Grupo 2: Jóvenes universitarios/as que reconocen haber consumido pornografía (con distintos niveles de frecuencia o exposición).

Esta diferenciación permite comparar percepciones, actitudes y experiencias entre ambos colectivos, contrastando cómo la exposición o no a contenidos pornográficos condiciona la vivencia del deseo, el consentimiento o las prácticas sexuales.

Cada grupo incluirá diversidad en términos de género y edad (dentro del rango de 18 a 25 años) y se han incluido únicamente personas que hayan mantenido relaciones sexuales con personas de un sexo distinto al suyo (es decir, relaciones heterosexuales o bisexualidad ejercida en relaciones heterosexuales). Esta decisión metodológica responde al objetivo central del estudio: analizar las dinámicas de poder, las jerarquías sexuales y las representaciones de la violencia dentro de las interacciones sexuales entre hombres y mujeres jóvenes. Si bien el análisis de las prácticas sexuales entre personas del mismo sexo constituye una línea de investigación igualmente relevante, se optó por no incluir este ámbito en el presente trabajo debido a su complejidad específica y al riesgo de introducir variables distintas (relacionales, simbólicas y culturales) que desbordarían los objetivos y límites analíticos establecidos. Además, se seleccionarán únicamente jóvenes que hayan mantenido relaciones sexuales alguna vez, para poder analizar si estaba presente la influencia del porno en sus relaciones sexo-afectivas. Esta variedad es clave para garantizar una mirada interseccional y recoger una amplia gama de experiencias (Patton, 2015).

Las entrevistas se han realizado exclusivamente a estudiantes de la Universidade da Coruña (UDC). Esta delimitación responde a criterios tanto prácticos como teóricos. Por un lado, permite un acceso más directo y ético a las personas participantes a través de redes académicas y estudiantiles ya establecidas. Por otro, proporciona un marco contextual homogéneo desde el cual analizar las representaciones, discursos y prácticas sexuales de la juventud universitaria, facilitando la comparación entre casos y el análisis en profundidad de los relatos. La universidad funciona también como un espacio social de socialización sexual específico, donde se cruzan discursos institucionales, medios digitales, normativas de género y experiencias personales, lo que la convierte en un entorno idóneo para explorar el impacto del consumo pornográfico en las dinámicas sexo-afectivas de jóvenes heterosexuales.

Se han realizado 12 entrevistas en total, ajustando el número en función del criterio de saturación del discurso. Todos los participantes se han ajustado a los perfiles definidos en el casillero tipológico, garantizando así la diversidad dentro de los criterios establecidos. El proceso de selección se ha realizado mediante muestreo por bola de nieve, iniciando con contactos previos y extendiéndose por recomendaciones sucesivas, una estrategia habitual en estudios con poblaciones específicas y de carácter sensible (Naderifar, Goli & Ghaljaie, 2017).

El acceso a los participantes se realizó mediante un proceso de muestreo por bola de nieve, partiendo de contactos previos en la UDC y extendiendo la red a través de recomendaciones sucesivas. Desde el inicio me encontré con cierta reticencia: aunque muchas personas mostraban curiosidad por mi TFG y en conversaciones informales hablaban del tema de la pornografía con bastante naturalidad, cuando les proponía participar en una entrevista la mayoría prefería no hacerlo, de hecho, varias personas se negaron a participar en las entrevistas, sobre todo hombres. Esto me llamó mucho la atención, porque parecía haber una diferencia clara entre lo que la gente está dispuesta a decir en un entorno cotidiano y lo que está dispuesta a reconocer en un contexto de investigación académica, incluso garantizando el anonimato y la confidencialidad. Para generar un clima de confianza, fue fundamental garantizar la confidencialidad y el anonimato, así como explicar con claridad que el objetivo del estudio no era juzgar conductas individuales, sino comprender percepciones y experiencias en torno a la pornografía.

Aun así, en general pude comprobar que los jóvenes no tienen demasiados problemas para hablar de su sexualidad o de la de otros jóvenes, sobre todo en un contexto social más relajado. Esta predisposición a conversar sobre el tema, incluso con cierta naturalidad, me permitió sacar mucha información durante las entrevistas. En muchos casos, los relatos se fueron construyendo a partir de comparaciones con lo que “otros/as jóvenes hacen” o con lo que consideran que es lo común en su generación, lo que enriquece aún más la interpretación sociológica del fenómeno.

En el transcurso de las entrevistas pude observar diferentes actitudes. Algunas participantes respondieron con apertura, compartiendo experiencias y reflexiones de manera detallada. Otras, en cambio, mostraron incomodidad, tendieron a minimizar su consumo o incluso lo negaron, pese a que ciertos gestos, silencios o contradicciones en el discurso sugerían lo contrario. Este posible ocultamiento no se interpretó como un fallo metodológico, sino como un dato sociológico de gran valor: revela la existencia de un estigma en torno al consumo pornográfico y la dificultad para hablar de prácticas sexuales en un marco académico. En algunos casos, las risas nerviosas o los silencios prolongados fueron indicios de la tensión entre lo que los jóvenes hacen y lo que consideran socialmente aceptable declarar.

3.3. Casillero tipológico

Tabla 2.- CASILLERO TIPOLOGICO DE LAS ENTREVISTAS

Consumo de pornografía	HOMBRES	MUJERES
	18-25 años	18-25 años
Nunca han consumido	0	4
Sí que consumen	5	3

3.4. Guion de las entrevistas

Tabla 3.- Esquema entrevistas

TEMAS	Objetivos y preguntas de investigación	SUBTEMAS
Posición social y demográfica	Identificar la posición en la estructura social, su status y su estilo de vida	Edad Estudios Ocupación Lugar de convivencia Características de la unidad familiar
Biografía afectiva y sexual		<ul style="list-style-type: none"> - Pareja actual y tipo de relación - Estabilidad de sus relaciones afectivas - Número de parejas mantenidas hasta el momento: tanto afectivas, como únicamente sexuales - Existencia de parejas virtuales - Tipo de sexualidad mantenida con cada una de ellas - Percepciones sobre la fidelidad, las relaciones abiertas, el poliamor...
BLOQUE 1: CONSUMO DE PORNOGRAFÍA EN JÓVENES	Identificar qué tipo de imágenes o prácticas violentas son más comunes en la pornografía consumida por jóvenes universitarios/as. Identificar si existen imágenes preferidas o excluidas y motivos para esa selección ¿Qué tipos de imágenes o prácticas violentas son más frecuentemente reconocidas o consumidas por jóvenes en los contenidos pornográficos?	<ul style="list-style-type: none"> - Hábito de consumo: edad inicio, frecuencia, páginas preferidas... - Clasificación de imágenes como violentas o no violentas - Tipo de consumo: contenidos preferidos o excluidos y motivos para esa selección - Consumo en el entorno inmediato de violencia explícita sexual - Distribución de contenidos entre sus amistades - Tipo de conversaciones mantenidas al respecto con otros - Compartir visionados con otros amigos y si son compartidas también con mujeres - Conversaciones en las que mujeres hayan dado opiniones al respecto
BLOQUE 2: INFLUENCIA DE LA PORNOGRAFÍA EN LA SEXUALIDAD	Analizar cómo el consumo de la pornografía influye en la sexualidad de los jóvenes (consecuencias e influencias de este modelo en las prácticas sexo afectivas). ¿Qué consecuencias tiene el consumo de pornografía en la sexualidad y en las prácticas sexo afectivas de los jóvenes?	<ul style="list-style-type: none"> - Negociación de la práctica sexual: consentimiento, sobre la marcha, decisiones igualadas sobre las prácticas a realizar - Imaginario sexual que le despierta la pornografía <ul style="list-style-type: none"> - Fantasías sexuales que pueden visualizarse pero que no pretenden llevarse a cabo - Prácticas sexuales visualizadas en la pornografía que hayan intentado ensayarse en la vida real - Papel que ocupa la violencia en esas fantasías y en las prácticas llevadas a cabo

		<ul style="list-style-type: none"> - Excitación a través de la violencia sexual - Preámbulos afectivos previos a la práctica sexual: de qué tipo, duración, quien los demanda... - Prácticas sexuales preferidas: penetración, felación, otras... - Prácticas sexuales preferidas de realizar a mujeres - Utilización de aparatos sexuales para hacer más placentera la práctica o vestimentas de juego sexual (¿quizá aprendidos por la pornografía?) - Fetiches asociados y (¿quizá aprendidos?) - Práctica de sexualidades menos aprobadas socialmente: sado, relaciones entre varias personas a la vez, sexo duro - Tipo de sexo preferido: rápido, tradicional...
<p>BLOQUE 3: PORNIFICACIÓN CULTURAL</p>	<p>Analizar la pornificación de la cultura y su importancia en la publicidad y medios de comunicación.</p> <p>¿Cuál es la importancia de los medios de comunicación en la pornificación de la cultura?</p>	<ul style="list-style-type: none"> - Influencia de los medios de comunicación - Recurso de la sexualidad en los medios. - Percepción sobre la sexualización en RRSS - Percepción sobre la sexualización de uno mismo en RRSS - Papel que tienen los medios en la pornificación de la cultura
<p>BLOQUE 4: OPINIÓN ACERCA DE PRÁCTICAS SEXUALES</p>	<p>Opinión de los jóvenes sobre prácticas que se muestran en la pornografía.</p> <p>¿Qué opinan los jóvenes sobre algunas de las prácticas que se representan en la pornografía?</p>	<ul style="list-style-type: none"> - Opiniones sobre prácticas representadas (sexo anal forzado, asfixia, humillación, etc.) - Cómo perciben la influencia de estos contenidos en sus propias experiencias sexuales o las de sus amistades <ul style="list-style-type: none"> - Consumo de pornografía - Discursos sobre consentimiento, placer, violencia, límites, etc.
<p>BLOQUE 5: PERCEPCIONES SOBRE EL FEMINISMO Y LA MASCULINIDAD</p>	<p>Identificar la existencia de dimensiones de odio o rechazo al feminismo entre los hombres consumidores de pornografía</p>	<p>Opinión sobre el movimiento feminista, sobre la igualdad entre géneros, sobre el papel de los hombres (¿se siente atacado por el feminismo?), opinión sobre algunas mujeres populares: Irene Montero, Ione Belarra (puedes decir también nombres de influencers como Roro o que sean más tradicionales)</p>

3.4.1. Guion para jóvenes que consumen pornografía

BLOQUE 0: PREGUNTAS SOCIODEMOGRÁFICAS Y CONTEXTO AFECTIVO-SEXUAL

1. ¿Con qué género te identificas?
2. ¿Cuál es tu orientación sexual?
3. ¿Cuál es tu edad actual?
4. ¿Qué estás estudiando actualmente?
5. ¿Estás actualmente trabajando o te dedicas únicamente a estudiar?
6. ¿Con quién convives actualmente? (por ejemplo, familia, compañeras de piso, sola...)
7. ¿Dónde vives? (puedes indicar ciudad o si es un entorno más rural o urbano)
8. ¿Podrías contarme brevemente cómo está compuesta tu unidad familiar más cercana? (por ejemplo: con quién te criaste, si vives con tus padres, si tienes hermanos/as, etc.)
9. ¿Tienes pareja actualmente?
 - Si es así, ¿qué tipo de relación mantienen? (monógama, abierta, poliamorosa, indefinida...)
 - ¿Desde hace cuánto tiempo están juntos?
10. ¿Qué opinión tienes sobre conceptos como la fidelidad, las relaciones abiertas o el poliamor?
11. ¿Crees que la monogamia es el modelo que mejor encaja contigo? ¿Por qué?
12. En una escala del 0 al 10 donde 0 es lo más a la izquierda posible y 10 es lo más a la derecha posible ¿En qué punto te identificas ideológicamente?

BLOQUE 1: CONSUMO DE PORNOGRAFÍA EN JÓVENES

1. ¿Alguna vez has mantenido relaciones sexuales?
2. ¿Recuerdas a que edad comenzaste a consumirla?
3. ¿Con qué frecuencia la consumes actualmente?
4. ¿Qué tipo de contenido sueles ver? ¿Hay categorías o escenas que prefieres?
5. ¿Qué características te atraen o te generan rechazo en los vídeos que ves?
6. ¿Qué entiendes por “imágenes sexuales violentas” dentro del contenido pornográfico?
7. ¿Has consumido contenido que consideres violento o agresivo? ¿Recuerdas alguna escena o práctica que te haya llamado la atención por ser especialmente agresiva?
8. ¿Crees que este tipo de imágenes violentas son frecuentes en la pornografía actual? ¿Por qué crees que ocurre?

9. ¿Tienes conocimiento de que personas cercanas a ti consuman pornografía violenta?
10. ¿Crees que es común entre jóvenes consumir este tipo de contenido? ¿Por qué?
11. ¿Qué piensas de prácticas como la asfixia, las bofetadas, el lenguaje humillante o la sumisión forzada en la pornografía? ¿Crees que están normalizadas entre los/as jóvenes o que generan rechazo?
12. En tu opinión, ¿qué tipo de prácticas sexuales aparecen con más frecuencia en la pornografía consumida por personas jóvenes?
13. ¿Has participado en visionados compartidos con otras personas? ¿Eran hombres, mujeres o ambos?
14. ¿Recuerdas si en alguna conversación, alguna amiga o compañera ha dado su opinión sobre el contenido de la pornografía o sobre alguna práctica en particular? ¿Qué tipo de comentarios recuerdas?

BLOQUE 2: INFLUENCIA DE LA PORNOGRAFÍA EN LA SEXUALIDAD

1. ¿Crees que la pornografía ha influido en la forma en la que te relacionas con otras personas?
2. ¿Has sentido en algún momento presión o expectativa de actuar de determinada manera por lo que has visto en la pornografía?
3. ¿Has intentado reproducir en la vida real alguna práctica sexual que hayas visto en la pornografía?
4. ¿Crees que los actores/actrices porno han influido de alguna forma sobre la imagen de ti mismo? ¿Y sobre la percepción que tenías sobre tus parejas sexuales?
5. ¿Crees que el consumo de pornografía ha influido en la percepción que tenías sobre las relaciones sexo afectivas?
6. ¿Crees que ha influido en tu capacidad para comunicarte sexualmente con tus parejas? ¿Hablar de lo que te gusta o no, poner límites, etc.?
7. ¿Crees que el consumo de pornografía violenta puede llegar a normalizar ciertas dinámicas en las relaciones reales?
8. ¿Qué papel juegan las fantasías sexuales en tu vida? ¿Hay algunas que provienen de lo que has visto en la pornografía pero que no te interesa llevar a cabo?
9. ¿Qué tipo de prácticas sexuales prefieres o consideras más placenteras? (Por ejemplo: penetración, sexo oral, uso de juguetes, etc.)
10. ¿Has probado o te interesan prácticas consideradas menos convencionales (por ejemplo: BDSM, sexo con varias personas, juegos de dominación...)?

11. ¿Alguna vez te has sentido excitado/a por escenas con contenido violento o con dinámicas de poder marcadas?

12. En tus relaciones sexuales, ¿cómo se negocian las prácticas? ¿Se habla antes, durante? ¿Quién suele proponer y quién suele decidir?

13. ¿Qué importancia tienen para ti los preámbulos afectivos (besos, caricias, conversaciones, etc.) antes del sexo? ¿Sientes que eso se representa en la pornografía?

BLOQUE 3: PORNIFICACIÓN CULTURAL

1. ¿Crees que los medios de comunicación utilizan la sexualidad como recurso? ¿De qué manera?

2. ¿Qué opinión tienes sobre la sexualización en redes sociales?

3. ¿Has notado una presión o tendencia a mostrarse sexualmente atractivo/a? ¿Te ha afectado de alguna manera?

4. ¿Crees que las personas se sexualizan a sí mismas en redes sociales? ¿Por qué crees que lo hacen?

5. ¿Has visto contenidos en redes o medios que recuerdan a estéticas o gestos de la pornografía?

6. ¿Qué opinas sobre que algunas personas afirmen que ya no necesitan consumir pornografía porque en redes sociales encuentran contenido similar?

7. ¿Crees que este tipo de representaciones influyen en cómo entendemos el deseo, el sexo o lo que se considera atractivo?

8. ¿Consideras que estas representaciones pueden haber contribuido a normalizar prácticas violentas o desiguales?

9. ¿Crees que este tipo de contenidos afectan de forma distinta a hombres y a mujeres? ¿Cómo?

BLOQUE 4: OPINIÓN ACERCA DE PRÁCTICAS SEXUALES

1. ¿Qué opinas sobre prácticas como la asfixia erótica, el sexo anal forzado, la humillación o el uso de la violencia verbal en el sexo que aparecen en algunos contenidos?

2. ¿Te parecen prácticas aceptables dentro de una relación sexual? ¿Por qué?

3. ¿Crees que en los vídeos pornográficos se representa el consentimiento de forma clara?

4. ¿Cómo percibes el placer en estas escenas? ¿Te parecen realistas, actuadas, desequilibradas?

5. ¿Consideras que estas prácticas se muestran como deseables para ambos sexos o hay una asimetría?
6. ¿Cómo definirías la diferencia entre una práctica intensa y una práctica violenta?
7. ¿Crees que todas las personas tienen claro cómo poner límites en una relación sexual?
8. ¿Consideras que algunas prácticas se están normalizando en la sexualidad juvenil a través de la pornografía?
9. ¿Hay algo más que te gustaría decir sobre cómo percibes las prácticas sexuales representadas en la pornografía?

BLOQUE 5: PERCEPCIONES SOBRE EL FEMINISMO Y LA MASCULINIDAD

1. ¿Qué opinión tienes sobre el feminismo?
2. ¿Crees que el feminismo es necesario en la actualidad? ¿Por qué?
3. ¿Consideras que existe igualdad entre hombres y mujeres hoy en día? ¿En qué ámbitos crees que aún hay desigualdades?
4. ¿Cómo crees que se percibe hoy en día el papel de los hombres en la sociedad?
5. ¿Te has sentido alguna vez cuestionado o atacado por discursos feministas? ¿En qué contexto?
6. ¿Qué opinas sobre figuras como Irene Montero o Ione Belarra?
7. ¿Y sobre otras mujeres con más visibilidad mediática o en redes sociales, como por ejemplo Teresa Lozano ("Towanda Rebels"), Nerea Pérez de las Heras o influencers más tradicionales como Roro o Marta Pombo?

3.4.2. Guion para jóvenes que no consumen pornografía

BLOQUE 0: PREGUNTAS SOCIODEMOGRÁFICAS Y CONTEXTO AFECTIVO-SEXUAL

1. ¿Con qué género te identificas?
2. ¿Cuál es tu orientación sexual?
3. ¿Cuál es tu edad actual?
4. ¿Qué estás estudiando actualmente?
5. ¿Estás actualmente trabajando o te dedicas únicamente a estudiar?
6. ¿Con quién convives actualmente? (por ejemplo, familia, compañeras de piso, sola...)
7. ¿Dónde vives? (puedes indicar ciudad o si es un entorno más rural o urbano)

8. ¿Podrías contarme brevemente cómo está compuesta tu unidad familiar más cercana? (por ejemplo: con quién te criaste, si vives con tus padres, si tienes hermanos/as, etc.)

9. ¿Tienes pareja actualmente?

- Si es así, ¿qué tipo de relación mantienen? (monógama, abierta, poliamorosa, indefinida...)
- ¿Desde hace cuánto tiempo están juntos?

10. ¿Qué opinión tienes sobre conceptos como la fidelidad, las relaciones abiertas o el poliamor?

11. ¿Crees que la monogamia es el modelo que mejor encaja contigo? ¿Por qué?

12. En una escala del 0 al 10 donde 0 es lo más a la izquierda posible y 10 es lo más a la derecha posible ¿En qué punto te identificas ideológicamente?

BLOQUE 1: PERCEPCIÓN SOBRE LA PORNOGRAFÍA Y SUS CONTENIDOS

1. ¿Alguna vez has mantenido relaciones sexuales?

2. ¿Cómo definirías la pornografía? ¿Qué crees o que sabes que suele mostrar?

3. ¿Tienes idea de qué tipo de contenido es el más visto entre tus amistades o gente de tu edad? ¿Te han comentado alguna vez categorías, escenas o prácticas concretas?

4. ¿Hay algún tipo de contenido o escena que te genere rechazo o incomodidad, aunque no lo hayas visto directamente?

5. ¿Qué entiendes por “imágenes sexuales violentas” dentro del contenido pornográfico?

6. ¿Te han contado o has escuchado sobre escenas o prácticas especialmente agresivas o violentas que aparecen en la pornografía?

7. ¿Crees que ese tipo de imágenes violentas son frecuentes en la pornografía actual? ¿Por qué crees que ocurre?

8. ¿Sabes si personas cercanas a ti consumen pornografía violenta o agresiva?

9. ¿Crees que entre los/as jóvenes es común consumir este tipo de contenido? ¿Por qué crees que pasa?

10. ¿Qué opinas sobre prácticas como la asfixia, las bofetadas, el lenguaje humillante o la sumisión forzada? ¿Te parece que están normalizadas o generan rechazo entre la gente joven?

11. Según lo que sabes, ¿qué tipo de prácticas sexuales dirías que aparecen con más frecuencia en la pornografía consumida por jóvenes?

12. ¿Sabes si entre tus amistades se han hecho visionados compartidos de pornografía? ¿Entre chicos, chicas, mixtos?

13. ¿Recuerdas alguna conversación con amigas o compañeras en la que se haya hablado del contenido de la pornografía o de alguna práctica en particular? ¿Qué tipo de comentarios te llamaron la atención?

BLOQUE 2: INFLUENCIA DE LA PORNOGRAFÍA EN LA SEXUALIDAD

1. Aunque no la consumas, ¿crees que la pornografía ha influido en cómo los/as jóvenes se relacionan sexual o afectivamente?

2. ¿Crees que hay personas que sienten presión por actuar sexualmente como se muestra en la pornografía? ¿Lo has notado en conversaciones, comentarios o relaciones cercanas?

3. ¿Has vivido alguna situación donde percibieses que una práctica sexual se proponía o se realizaba por influencia de la pornografía, aunque tú no la hayas visto?

4. ¿Crees que la pornografía influye en cómo algunas personas perciben su cuerpo o el de sus parejas sexuales?

5. ¿Crees que influye en la forma de comunicarse sexualmente? Por ejemplo: hablar de lo que gusta, poner límites, expresar deseos, etc.

6. ¿Crees que la pornografía puede contribuir a normalizar dinámicas violentas o desiguales en las relaciones reales?

7. ¿Crees que hay fantasías sexuales que se ven en la pornografía pero que muchas personas no desean llevar a cabo en la realidad?

8. ¿Qué prácticas sexuales te resultan más placenteras o satisfactorias, o te llaman más la atención en un vínculo sexual? (Por ejemplo: penetración, sexo oral, caricias, uso de juguetes, etc.)

9. ¿Te interesa o has reflexionado sobre prácticas menos convencionales como BDSM, sexo grupal, roles de dominación, etc.? ¿Cómo las ves?

10. ¿Alguna vez te has sentido excitado/a por escenas con contenido violento o con dinámicas de poder marcadas? (En películas, etc.)

11. En tu experiencia o entorno, ¿cómo se suelen negociar las prácticas sexuales? ¿Se habla antes, durante? ¿Quién suele proponer y quién suele decidir?

12. ¿Qué importancia das a los preámbulos afectivos antes de tener relaciones sexuales (como besos, caricias, hablar...)? ¿Crees que eso está presente en el imaginario que genera la pornografía?

BLOQUE 3: PORNIFICACIÓN CULTURAL

1. ¿Crees que los medios de comunicación utilizan la sexualidad como recurso? ¿De qué manera?
2. ¿Qué opinión tienes sobre la sexualización en redes sociales?
3. ¿Has notado una presión o tendencia a mostrarse sexualmente atractivo/a? ¿Te ha afectado de alguna manera?
4. ¿Crees que las personas se sexualizan a sí mismas en redes sociales? ¿Por qué crees que lo hacen?
5. ¿Has visto contenidos en redes o medios que recuerdan a estéticas o gestos de la pornografía?
6. ¿Qué opinas sobre que algunas personas afirmen que ya no necesitan consumir pornografía porque en redes sociales encuentran contenido similar?
7. ¿Crees que este tipo de representaciones influyen en cómo entendemos el deseo, el sexo o lo que se considera atractivo?
8. ¿Consideras que estas representaciones pueden haber contribuido a normalizar prácticas violentas o desiguales?
9. ¿Crees que este tipo de contenidos afectan de forma distinta a hombres y a mujeres? ¿Cómo?

BLOQUE 4: OPINIÓN ACERCA DE PRÁCTICAS SEXUALES

1. ¿Hay alguna práctica sexual que, al escucharla o verla referida en medios, te haya sorprendido, incomodado o llamado la atención?
2. ¿Qué opinas sobre prácticas como la asfixia erótica, la humillación o el uso de violencia verbal en el sexo? ¿Crees que están presentes en la sexualidad juvenil?
3. ¿Te parecen prácticas aceptables dentro de una relación sexual? ¿Por qué?
4. ¿Crees que en los vídeos pornográficos (aunque no los hayas consumido, por lo que conoces) se representa el consentimiento de forma clara?
5. ¿Crees que algunas prácticas sexuales que se muestran como placenteras lo son realmente para ambas personas?
6. ¿Consideras que estas prácticas se muestran como deseables de forma equitativa o hay desigualdad entre géneros?
7. ¿Cómo distinguirías una práctica sexual intensa o poco convencional de una práctica violenta?
8. ¿Alguna vez has ejercido una práctica sexual violenta?

9. ¿Crees que todas las personas jóvenes tienen claro cómo comunicar y respetar límites en una relación sexual?

10. ¿Piensas que algunas prácticas se han normalizado gracias a lo que se muestra en el entorno digital o mediático?

BLOQUE 5: PERCEPCIONES SOBRE EL FEMINISMO Y LA MASCULINIDAD

1. ¿Qué opinión tienes sobre el feminismo?

2. ¿Crees que el feminismo es necesario en la actualidad? ¿Por qué?

3. ¿Consideras que existe igualdad entre hombres y mujeres hoy en día? ¿En qué ámbitos crees que aún hay desigualdades?

4. ¿Cómo crees que se percibe hoy en día el papel de los hombres en la sociedad?

5. ¿Te has sentido alguna vez cuestionado o atacado por discursos feministas? ¿En qué contexto?

6. ¿Qué opinas sobre figuras como Irene Montero o Ione Belarra?

7. ¿Y sobre otras mujeres con más visibilidad mediática o en redes sociales, como por ejemplo Teresa Lozano ("Towanda Rebels"), Nerea Pérez de las Heras o influencers más tradicionales como Roro o Marta Pombo?

4. ANÁLISIS Y RESULTADOS

4.1. Análisis y resultados de la observación participante

Con el objetivo de comprender de forma crítica las representaciones de violencia sexual y las dinámicas de poder que circulan en la pornografía mainstream, se llevó a cabo una observación participante virtual de un total de 100 vídeos pornográficos disponibles en las principales plataformas de contenido para adultos (Pornhub, Xvideos y Xhamster). Esta estrategia metodológica se enmarca en el enfoque cualitativo del trabajo, y ha respondido a la necesidad de analizar empíricamente los discursos, las prácticas sexuales y los imaginarios de género que se construyen y reproducen a través del consumo audiovisual de pornografía.

Para esto, se ha diseñado una matriz de análisis que permitió codificar e interpretar diferentes variables relevantes, entre ellas: el título del vídeo, la categoría o etiqueta asociada, la presencia de prácticas violentas, el uso o no de preservativo, el tipo de relaciones representadas (incesto, subordinación, coerción, etc.), la identidad de los protagonistas, el número de visualizaciones, los comentarios recibidos (diferenciados por género cuando fue posible) y una interpretación sociológica individual de cada caso. El análisis se realizó mediante la revisión sistemática de los vídeos más visualizados en España según los filtros de popularidad diaria, semanal, mensual y anual, lo que permitió seleccionar aquellos contenidos con mayor difusión e impacto en la audiencia.

Esta observación participante virtual, entendida como una forma de etnografía digital, no se limitó a una mera descripción de contenidos, sino que incorporó una lectura crítica

desde la sociología del género, el cuerpo y el deseo. A lo largo del análisis, se evidenció una constante reproducción de relaciones jerárquicas, así como la erotización de la violencia, la desigualdad y la ausencia de consentimiento explícito. Los resultados que se presentan a continuación se organizan en función de los principales ejes interpretativos detectados durante el trabajo de campo digital: el lenguaje de los títulos, las prácticas sexuales representadas, la distribución del poder simbólico y físico entre los géneros, y el papel de los comentarios y reacciones del público.

4.1.1. Un análisis de la descripción de los títulos de los vídeos pornográficos

En el análisis de los títulos de los vídeos pornográficos observados se identifican patrones discursivos que reproducen dinámicas de poder, cosificación del cuerpo femenino y erotización de la violencia sexual. Los títulos, lejos de ser neutros, funcionan como dispositivos ideológicos que anticipan las escenas a través de un lenguaje cargado de significados que refuerzan la desigualdad de género y naturalizan relaciones de dominación.

Uno de los ejes centrales que se desprenden del corpus es la presencia constante de referencias a relaciones familiares como “hijastro”, “madrastra”, “hermana” o “padrastro”. Estas referencias no solo transgreden tabúes sociales, sino que, además, legitiman el incesto como una forma deseable de relación sexual, dotando al contenido de un componente transgresor que se convierte en valor de mercado. Este tipo de narrativas suele acompañarse de la hipersexualización de figuras femeninas tradicionalmente asociadas al cuidado y al afecto, como la madre o la hermana, lo que intensifica la carga simbólica de la dominación masculina.

Asimismo, los títulos recurren sistemáticamente a la infantilización de las mujeres a través del uso de términos como “teen”, “niña”, “inocente” o “colegiala”, configurando un imaginario en el que la juventud extrema, incluso la niñez, es sexualizada y ofrecida como objeto de deseo. Algunos ejemplos de esto son: "Profesor se folla a una estudiante por una buena calificación, joven colegiala es follada por su profesor para pasar la materia Vídeo Casero REAL", " Primer casting con jovencita brasileña de 18 años, delgada y tetona - POV jovencita mamada", " Nalgadas petite castigada por follada doggystyle" o "Padrastro me prepara para el primer anal". Esta representación refuerza una lógica patriarcal que valora a las mujeres en función de su supuesta pureza o inexperiencia, al tiempo que las posiciona en un lugar de vulnerabilidad estructural.

El análisis también revela una presencia generalizada de expresiones que aluden directa o indirectamente a la violencia sexual, como “follada hardcore”, “sumisa”, “obligada”, “violada” o “forzada”. Algunos títulos que muestran esto son: "Hijastra follada porno hardcore", "Hardcore anal by Cail Brodnevski", "Humillación severa. Hice enfadar mucho a mi novio y me folló en el suelo. 4K HD Tim Team", "¡Dijo cállate niña! Me ató con cinta y me folló duro el culo 4K JessiJek", "Sumisa y amordazada es follada" o " Ay, aaay! Me duele sacamela! Pequeña e INOCENTE ESTUDIANTE mexicana es entregada por su madrastra a un viejo para pagar la renta, casero real". Estas expresiones no solo anticipan escenas de agresión o de sexo no consensuado, sino que también las legitiman como forma de entretenimiento. En muchos casos, la narrativa se presenta desde una perspectiva masculina en la que el varón toma el control de la situación y ejerce poder sobre una mujer pasiva, sumisa o directamente coaccionada.

Las jerarquías de poder también están fuertemente presentes a través de personajes como profesores, ladrones, jefes o desconocidos que abusan de su posición para ejercer control sexual sobre las mujeres. En estos casos, la autoridad masculina se representa como un derecho implícito sobre el cuerpo femenino, lo que refuerza una visión androcéntrica del deseo y del placer. Por el contrario, las mujeres son representadas como cuerpos disponibles, muchas veces sin agencia, cuyo consentimiento está ausente, viciado o directamente negado.

Otro elemento central en el análisis de los vídeos es la carga semántica del lenguaje utilizado, especialmente en los títulos, donde se pone de manifiesto una clara asimetría en la asignación de agencia sexual. En prácticamente todos los casos analizados, se observa que los hombres son representados como sujetos activos del acto sexual, mientras que las mujeres ocupan el lugar de objeto pasivo o receptor del deseo masculino. Esta distribución gramatical del poder se expresa de forma recurrente a través de la construcción “él se folla a ella” frente a “ella es follada por él”.

Incluso en aquellas categorías que, en apariencia, otorgan a las mujeres un rol de mayor experiencia o dominio, como el caso de las “MILFs” o “maduritas”, se mantiene esta estructura de sumisión simbólica. Lejos de alterar la jerarquía, estos vídeos representan a los jóvenes (frecuentemente hijastros, vecinos o desconocidos) como los sujetos que conquistan o dominan sexualmente a las mujeres mayores. Así, aunque la mujer pueda tener un rol formalmente central en el vídeo, el lenguaje empleado refuerza la idea de que es “follada”, “tomada” o “usada” por el varón, consolidando una narrativa en la que el deseo femenino no tiene agencia propia, sino que está subordinado al deseo masculino. Algunos ejemplos de esto son títulos como: " Hijastro se folla a su madrastra mientras ella está atrapada en la lavadora Gran creampie / Padrastro no está en casa" o " Madrastra Japonesa Caliente cede a la provocación de su Hijastro [SIN CENSURA]".

Esta lógica se manifiesta no solo en la estructura sintáctica, sino también en el uso de verbos activos para los hombres y pasivos o receptivos para las mujeres. Verbos como “follar”, “reventar”, “violar”, “usar” o “someter” son atribuidos a la acción masculina, mientras que en el caso de las mujeres predominan construcciones como “ser follada”, “ser tomada” o “ser penetrada”, todas ellas desprovistas de iniciativa o consentimiento. Esta diferencia en la atribución de roles lingüísticos no es casual ni anecdótica, sino que constituye una manifestación más de la violencia simbólica que atraviesa la representación pornográfica en el contexto mainstream.

Desde una perspectiva sociológica, esta distribución del lenguaje no solo refleja, sino que reproduce activamente una concepción desigual del deseo y del poder sexual. Al situar sistemáticamente a los hombres en el lugar del sujeto deseante y a las mujeres en el lugar del objeto deseado, se refuerza una narrativa en la que la sexualidad femenina queda colonizada por los intereses y fantasías masculinas. Esta representación no deja espacio para una sexualidad femenina autónoma, activa o diversa, sino que la encierra en un marco de sumisión, pasividad y disponibilidad permanente. Como señala Ana de Miguel (2015), el patriarcado neoliberal ha logrado construir un modelo de "libre elección" femenina que oculta las relaciones estructurales de poder y convierte la subordinación sexual en una forma de empoderamiento aparente. En este sentido, la industria pornográfica no solo es un producto cultural, sino también un instrumento pedagógico que enseña a las mujeres a desear ser deseadas, a erotizar su propia subordinación y a

interiorizar la lógica del placer masculino como centro de la experiencia sexual (De Miguel, 2015).

Esta crítica también es compartida por autoras como Mónica Alario Gavilán, quien advierte que “el lenguaje pornográfico no solo erotiza la desigualdad, sino que la naturaliza, convirtiendo la violencia sexual en espectáculo” (2021). La gramática pornográfica, por tanto, no es inocente: constituye una tecnología de poder que construye subjetividades, delimita imaginarios sexuales y legitima la asimetría entre géneros como si fuera una forma natural del deseo (Alario, 2021).

En este sentido, el lenguaje de los títulos no es neutro ni inocente: actúa como un dispositivo de orden simbólico que legitima la desigualdad sexual y contribuye a la reproducción de roles de género profundamente jerárquicos. Esta carga lingüística opera a nivel discursivo, pero tiene implicaciones reales en la forma en que se construyen las expectativas y prácticas sexuales, especialmente entre los y las jóvenes que consumen este tipo de contenidos sin herramientas críticas para su decodificación. Tal como sostiene Bourdieu (1998), el poder simbólico se ejerce a través del lenguaje y de las categorías de percepción, que funcionan como instrumentos de dominación invisibles precisamente porque son socialmente naturalizados. De este modo, el lenguaje pornográfico no solo nombra la realidad, sino que contribuye activamente a construirla, inscribiendo relaciones de poder en el imaginario sexual contemporáneo (Bourdieu, 1998).

4.1.2. Categorías

El análisis de las categorías a las que pertenecen los 100 vídeos pornográficos observados revela patrones consistentes en la forma en que se organiza y clasifica el deseo en la pornografía mainstream. Estas categorías no son simples etiquetas descriptivas, sino que operan como dispositivos de ordenación simbólica del contenido sexual, configurando un mapa del placer basado en jerarquías de género, edad, raza y poder. Su análisis permite visibilizar cómo se segmenta la oferta pornográfica en función de fantasías que, en muchos casos, naturalizan dinámicas de dominación y violencia sexual.

Una de las categorías más recurrentes es la de “Stepfamily” o “incesto simulado”, en la que se representan relaciones sexuales entre hermanastros, madrastras, hijastras o padrastros. Este tipo de contenido apela a una transgresión simbólica de los vínculos familiares tradicionales, que, lejos de problematizarse, se convierten en objeto de excitación. Las figuras femeninas, incluso cuando ocupan posiciones de autoridad (como “madrstra”), son representadas como cuerpos deseables, disponibles y sexualmente subordinados. El tabú del incesto, en lugar de funcionar como límite, se erotiza y se vuelve mercancía, revelando la capacidad del porno comercial para capitalizar lo prohibido.

Otra categoría dominante es la de “Teen”, en la que las mujeres aparecen sexualizadas a través de su juventud extrema. Se trata, en muchos casos, de adultas caracterizadas para parecer menores, con atuendos escolares, actitudes ingenuas o lenguaje infantilizado. Este tipo de representación refuerza la asociación entre deseo masculino y dominación sobre cuerpos percibidos como vulnerables, inexpertos o fácilmente manipulables. En estos vídeos, las relaciones sexuales suelen mostrarse como una forma de “educación” sexual por parte del hombre, lo que acentúa la asimetría de poder.

También destacan categorías como “Hardcore”, “Rough sex” o “Gangbang”, en las que el contenido se centra en prácticas sexuales explícitas con un alto grado de violencia física o simbólica. En estas categorías, las mujeres son representadas como sumisas, degradadas o directamente agredidas, ya sea a través de penetraciones forzadas, bofetadas, asfixia, doble o triple penetración o la presencia simultánea de múltiples hombres. La violencia no solo no es presentada como problemática, sino que se convierte en parte del atractivo de la escena, erotizando la humillación y la dominación como forma legítima de placer sexual masculino.

En contraste, las categorías que podrían ofrecer una narrativa sexual más equitativa o centrada en el placer femenino, como “Romantic”, “Female orgasm” o “Couples”, están prácticamente ausentes o tienen una representación mínima entre los vídeos más visualizados. Esta ausencia refuerza la hipótesis de que el porno más consumido responde mayoritariamente a una lógica androcéntrica en la que el placer y la iniciativa sexual se vinculan casi exclusivamente al sujeto masculino.

Asimismo, categorías como “MILF” o “Mature”, si bien podrían interpretarse como una revalorización del deseo hacia mujeres mayores, en realidad reproducen los mismos esquemas de subordinación. En estos vídeos, las mujeres mayores son sexualizadas bajo el imaginario de “madres calientes” o “amas de casa insatisfechas”, y casi siempre son los hombres jóvenes los que toman la iniciativa y se representan como sexualmente activos, potentes y dominantes. La madurez femenina no se traduce en agencia sexual, sino que sigue anclada al servicio del deseo masculino.

Por tanto, las categorías analizadas funcionan como organizadores del deseo dentro del mercado pornográfico, estructurando una gramática del placer atravesada por relaciones de poder. La reiteración de ciertas temáticas (incesto, juventud, sumisión, violencia) y la escasa presencia de otras más igualitarias, reflejan una producción del deseo profundamente atravesada por lógicas patriarcales y capitalistas. Como sostiene Eva Illouz (2009), la sexualidad contemporánea está mediada por estructuras culturales que transforman las emociones y los cuerpos en mercancía; en este caso, esas estructuras cristalizan en categorías que no solo nombran el contenido, sino que moldean lo que se considera deseable (Illouz, 2009).

4.1.3. ¿Qué se muestra en los vídeos?

El análisis sistemático de los vídeos pone de relieve un conjunto de elementos visuales y simbólicos que se repiten con notable frecuencia y que configuran una representación de la sexualidad profundamente atravesada por dinámicas de desigualdad, violencia y cosificación del cuerpo femenino. Lo que se muestra en estos contenidos va mucho más allá de lo explícitamente sexual: lo que se construye es un modelo normativo de deseo, cuerpos y relaciones sexuales que naturaliza la dominación masculina y la subordinación femenina como parte del guion erótico dominante.

En primer lugar, se observa una representación hipervisualizada y fragmentada del cuerpo de las mujeres. Las cámaras enfatizan constantemente ciertas partes del cuerpo femenino (especialmente senos, glúteos, cara y genitales) en planos cerrados, generando una mirada parcial que deshumaniza y reduce a las mujeres a zonas erógenas. Este tipo de enfoque refuerza lo que Laura Mulvey (2013) definió como “la mirada masculina” (male gaze), una forma de estructuración visual en la que el placer del espectador se produce a partir

de la objetualización del cuerpo femenino (Mulvey, 1975, p. 7). Las mujeres no son mostradas como sujetos deseantes, sino como cuerpos disponibles para el goce ajeno.

A nivel gestual y expresivo, se evidencia un patrón en el que las mujeres adoptan posturas de sumisión, placer exagerado o supuesta complacencia, incluso en situaciones claramente agresivas o dolorosas. Estas expresiones no reflejan un consentimiento explícito ni una reciprocidad erótica real, sino que forman parte de una performance sexual construida desde la lógica del consumo masculino. Se representan gritos, gemidos forzados, llanto o gestos de dolor que no interrumpen la escena, sino que son incorporados como parte del espectáculo, lo que banaliza la violencia y la convierte en parte del deseo.

Un ejemplo recurrente es la representación de escenas en las que las mujeres aparecen dormidas o inconscientes mientras los hombres inician relaciones sexuales con ellas. Al despertar, estas mujeres suelen estar representadas con una intensa excitación sexual, lo que sexualiza el abuso y normaliza la falta de consentimiento, presentando el abuso sexual como una fantasía erótica aceptada y deseada. Esta narrativa contribuye a la construcción de un imaginario donde la vulnerabilidad femenina es explotada y transformada en objeto de placer masculino, reforzando la lógica del "male gaze" (Mulvey, 1975, p. 7) y la naturalización de la violencia sexual en la cultura audiovisual.

En cuanto a los hombres, sus cuerpos son menos expuestos, rara vez se enfoca su rostro o su expresión emocional. Su presencia está centrada en su pene como instrumento de penetración y poder. El hombre aparece como sujeto activo, dominante, que impone el ritmo, las posturas y las prácticas sexuales. La asimetría entre lo que se muestra del cuerpo masculino y del femenino no es casual: responde a una estructura de poder en la que el hombre es el agente del placer y la mujer, el medio para alcanzarlo. Este patrón visual y narrativo refleja la lógica de la "mirada masculina" descrita por Mulvey (1975), donde el hombre es el sujeto que mira y actúa, y la mujer el objeto que es mirado y consumido. Pero esto también puede analizarse desde la perspectiva foucaultiana, donde esta representación puede entenderse como una manifestación de las relaciones de poder que atraviesan los cuerpos y las prácticas sexuales, donde el cuerpo masculino se posiciona como agente disciplinante y controlador, mientras que el cuerpo femenino se convierte en territorio de sometimiento y regulación (Foucault, 1976). Foucault analiza cómo la sexualidad se inscribe en un sistema de poder-saber que controla y produce normas sobre el placer, la dominación y el consentimiento, lo que ayuda a explicar cómo estas imágenes refuerzan las jerarquías de género y el ejercicio de poder a través del cuerpo (Foucault, 1976, p. 103).

Otra constante en lo que se muestra es la reiteración de prácticas sexuales violentas o degradantes hacia las mujeres, como la eyaculación en el rostro (facial), las penetraciones simultáneas o el uso del cuerpo femenino como objeto de múltiples hombres. Estas escenas no son mostradas con preocupación o crítica, sino erotizadas, legitimadas visualmente y aplaudidas en los comentarios. Lo que se visibiliza, por tanto, es un tipo de sexualidad que no solo desdibuja el consentimiento, sino que lo convierte en irrelevante.

Asimismo, se representa una escasa diversidad corporal, étnica y funcional. Los cuerpos que aparecen en los vídeos siguen unos cánones normativos hegemónicos: mujeres delgadas, jóvenes, con cuerpos ajustados a los ideales de belleza eurocéntricos, depiladas y con maquillaje; hombres musculosos, activos y con penes grandes. La repetición de

estos modelos excluye y marginaliza otras formas de corporalidad, deseo o erotismo, reforzando una visión homogénea de lo que debe ser el cuerpo deseable y el sexo aceptable.

Dentro de los vídeos pornográficos, también es frecuente la representación de tríos o encuentros sexuales grupales. Estas escenas refuerzan, en muchos casos, la lógica de la dominación masculina y la objetualización de las mujeres, reproduciendo un esquema jerárquico en el que el placer masculino es el eje central de la interacción.

Cuando en la escena aparece un hombre con dos o más mujeres, estas suelen asumir un rol pasivo y complaciente, dedicándose casi exclusivamente a satisfacer al varón. Se turnan para practicarle sexo oral, se tocan entre ellas para su excitación, y rara vez expresan un deseo autónomo. La dinámica que se presenta no es de intercambio igualitario, sino de servidumbre erótica hacia el hombre, quien aparece como figura central y activa, receptor de toda la atención y el placer.

Por otro lado, en las escenas donde aparece una sola mujer con varios hombres, el cuerpo femenino es tratado como un objeto de uso colectivo. Estas prácticas suelen incluir penetraciones simultáneas (doble o triple penetración), eyaculaciones múltiples sobre su rostro o cuerpo, y la utilización del cuerpo femenino como si fuera un instrumento de descarga masculina. La mujer rara vez aparece como sujeto deseante, y en su lugar es mostrada como disponible, complaciente y aparentemente satisfecha con ser dominada por varios hombres al mismo tiempo. Este tipo de representaciones no solo perpetúan estereotipos de género y desigualdad sexual, sino que naturalizan el desequilibrio en la distribución del placer, reforzando la idea de que el deseo femenino se orienta hacia la complacencia del varón, incluso en contextos de exceso, humillación o cosificación extrema.

Finalmente, lo que se muestra no son simplemente prácticas sexuales, sino que son narrativas. Cada vídeo construye una pequeña historia en la que se legitiman relaciones de poder (por edad, género, posición social, autoridad, etc.), muchas veces sin ningún tipo de consentimiento verbal ni afectivo. Se naturalizan escenas de coerción, chantaje, presión o manipulación como si fuesen parte de un juego erótico, borrando los límites entre el deseo y la violencia.

Desde una perspectiva crítica, lo que se muestra en estos vídeos no es una representación neutra del sexo, sino una pedagogía visual del deseo que actúa como forma de socialización sexual, especialmente entre los jóvenes. Como afirma Foucault (1976), el poder no solo reprime, sino que produce discursos, cuerpos y subjetividades (Foucault, 1976). En este caso, el poder se materializa en imágenes que enseñan a desear de una determinada forma, construyendo cuerpos disponibles, prácticas normalizadas y jerarquías de género que operan más allá de la pantalla. Esto responde a la lógica patriarcal de la pornografía mainstream, donde como decía Andrea Dworkin, “la pornografía no muestra a las mujeres teniendo sexo, sino a los hombres haciéndoles cosas a las mujeres” (Dworkin, 1981, p. 41).

4.1.4. ¿Quiénes son los protagonistas en los vídeos?

Uno de los puntos más relevantes del análisis de los 100 vídeos pornográficos examinados es la ambigüedad en torno a la figura de la protagonista. Aunque en términos visuales y

narrativos el cuerpo de la mujer ocupa el centro de la escena en todos los vídeos, esto no se traduce en una verdadera agencia o protagonismo desde una perspectiva de poder, deseo o acción. La mayoría de los vídeos presentan a la mujer como foco visual absoluto: su cuerpo es mostrado en planos cerrados, su rostro sobreactuando placer, su piel hipersexualizada, su gestualidad expuesta constantemente. Esta centralidad, sin embargo, no implica control ni autonomía. Las mujeres son protagonistas desde la lógica del "male gaze" (Mulvey, 1975, p. 7), en tanto son construidas como objetos de contemplación y consumo visual, pero no como sujetos deseantes o activos. La cámara las sitúa como eje de la escena, pero su función es satisfacer el deseo masculino, no expresar el propio.

Este tipo de representación refuerza lo que Pierre Bourdieu (1998) denomina violencia simbólica, es decir, un tipo de dominación que se ejerce de forma encubierta y naturalizada, donde las mujeres interiorizan una posición de subordinación dentro de una estructura que normaliza su cosificación y pasividad. En el porno mainstream, esta violencia simbólica se reproduce mediante la constante exposición del cuerpo femenino como objeto de uso, placer y sumisión, legitimando una jerarquía erótica y social basada en la desigualdad de género (Bourdieu, 1998).

Aunque muchas veces el cuerpo masculino queda despersonalizado, centrado únicamente en el pene o incluso fuera de plano, su papel es determinante como director de la acción, poseedor del deseo y agente del placer. Es el hombre quien impone el ritmo, el tipo de práctica, las posiciones e incluso el desenlace de la escena, como la eyaculación, la humillación o la dominación. Esta dinámica responde, como plantea Foucault (1976), a una tecnología del poder que no solo reprime, sino que produce cuerpos, placeres y discursos, regulando lo que es visible, lo que es deseable y lo que puede hacerse al otro (Foucault, 1976).

En muchos vídeos, a pesar de que la mujer ocupa el centro de la cámara, el verdadero protagonista es el varón, pues toda gira en torno a su deseo, su orgasmo y su poder. Existe, por tanto, una asimetría estructural entre protagonismo visual y protagonismo simbólico. La mujer puede ser el eje de la narrativa estética, pero es el hombre quien sostiene el guion sexual. Esta dicotomía reproduce la lógica patriarcal del porno mainstream, donde ella es vista y él actúa, ella es deseada y él desea, ella es penetrada y él penetra. En muchos casos, incluso en tríos o escenas con múltiples hombres, el cuerpo femenino funciona como espacio de uso colectivo, sin agencia ni reciprocidad, lo que refuerza su papel como objeto y no como sujeto.

Tal como explica Ana de Miguel (2015), esta lógica responde a una "pedagogía de la crueldad", donde las mujeres aprenden a erotizar su propia subordinación y a identificarse con representaciones que refuerzan su papel como cuerpos disponibles para la satisfacción masculina. Esta pedagogía no solo configura el deseo, sino que estructura las relaciones eróticas, afectivas y simbólicas en clave de dominación (De Miguel, 2015).

Varios vídeos muestran además elementos de infantilización del cuerpo femenino, como mujeres vestidas como niñas, escenas con debutantes o el uso del término colegiala, que acentúan la desigualdad de poder. Otros muestran a la mujer en situaciones de clara subordinación jerárquica, como trabajadora del hogar, casera, hijastra o estudiante frente a profesor, en las que su cuerpo es sexualizado desde una posición de inferioridad estructural. En todos estos casos, aunque la cámara insista en su centralidad visual, la narrativa refuerza su sometimiento frente al poder masculino. Como señala Mónica

Alario Gavilán (2021), el porno actúa como un dispositivo de producción de cuerpos feminizados, moldeados para la dominación, la humillación y el uso sexual, donde el consentimiento se diluye o desaparece por completo (Alario, 2021).

En escenas con múltiples participantes, los patrones se mantienen. Cuando hay un hombre y varias mujeres, estas se coordinan para complacerlo a él, reafirmando su papel como centro del deseo. Cuando hay una mujer y varios hombres, ella es convertida en un objeto sexual colectivo, usado simultáneamente, sin mostrar deseo propio ni autonomía. En ambos casos, el protagonismo masculino se intensifica, y el cuerpo femenino se reduce a superficie de interacción erótica. Así, la figura de la protagonista femenina es una construcción visual sin correlato de agencia o poder. Su cuerpo domina la escena, pero no la narrativa. Los hombres, aunque a veces menos visibles, detentan el control simbólico y sexual de las situaciones. Esta distribución desigual del protagonismo no es casual, sino que responde a una estructura de género profundamente arraigada en la pornografía mainstream, en la que el deseo, la acción y el poder siguen estando masculinamente codificados.

Como afirma Eva Illouz (2012), el deseo masculino en la modernidad está configurado a través de representaciones culturales que hacen de la mujer un objeto disponible, moldeable y funcional al placer del otro, lo que genera un régimen afectivo y sexual donde la emocionalidad femenina queda subordinada a la lógica del mercado y del consumo. En este sentido, la pornografía actúa como un escenario privilegiado para observar cómo se articula ese régimen, no solo en la pantalla, sino en las formas de imaginar, vivir y representar la sexualidad en nuestras sociedades.

4.1.5. Prácticas violentas

El análisis de los vídeos pornográficos observados revela una presencia sistemática y normalizada de prácticas violentas que responden a una estructura de género profundamente arraigada. Esta violencia no se limita únicamente a golpes o agresiones físicas explícitas, sino que se manifiesta en una red compleja de representaciones donde el cuerpo femenino es sistemáticamente subordinado, apropiado y moldeado en función del deseo masculino. Las prácticas más visibles incluyen azotes hasta dejar marcas, penetraciones forzadas, asfixia inducida mediante felaciones violentas, escupitajos, agarres de cuello, uso de cinta adhesiva para inmovilizar o silenciar a la mujer, bofetadas, tirones de pelo, penetración anal sin consentimiento afirmativo y eyaculaciones faciales o anales acompañadas de humillación verbal. Estas acciones no aparecen como hechos marginales, sino que son centralizadas y erotizadas. La violencia se convierte en un componente central del guion erótico, integrándose como parte del espectáculo sexual y presentándose como algo deseable, excitante y legítimo.

A este tipo de violencia física se suma una violencia simbólica que opera de forma mucho más sutil, pero igualmente estructurante. Siguiendo a Pierre Bourdieu, esta violencia simbólica se ejerce de manera invisible, legitimada por el contexto cultural y aceptada incluso por quienes la sufren (Bourdieu, 1998). En la pornografía mainstream, esta se expresa en la invisibilización del rostro masculino, la despersonalización del hombre (reducido muchas veces solo a su pene), la exposición constante y total del cuerpo femenino frente a la parcial o nula del masculino y la construcción de una narrativa donde el deseo masculino guía toda la escena. La mujer es representada como cuerpo disponible,

como espacio de uso y de placer, mientras que el hombre, incluso cuando permanece fuera de plano, retiene el control simbólico, sexual y narrativo.

Se configura así un tipo de representación donde el placer masculino no solo estructura el ritmo de las prácticas sexuales, sino que aparece como el único placer visible, legítimo y asegurado. La eyaculación masculina suele cerrar las escenas como clímax tanto narrativo como erótico, mientras que el orgasmo femenino se vuelve irrelevante, fingido o simplemente ausente. Prácticas dolorosas, degradantes o visiblemente incómodas para las mujeres (como la felación con arcadas, la penetración forzada, el squirt violento o el sexo grupal sin consentimiento verbalizado) son representadas como placenteras para ellas mediante gesticulaciones sobreactuadas, gritos de placer o afirmaciones forzadas. Esta estrategia construye una ilusión de deseo y consentimiento femenino que legitima dinámicas profundamente asimétricas y violentas. En palabras de Mónica Alario Gavilán, "el cuerpo femenino se convierte en soporte para la violencia masculina erotizada, lo cual permite que esta violencia no solo se tolere, sino que se desee" (Alario, 2021).

No todas las formas de violencia observadas se expresan de manera explícita. Algunas prácticas, aparentemente convencionales o suaves, también reproducen una lógica jerárquica de género. Por ejemplo, la desigualdad en la exposición corporal (ella completamente desnuda, él parcialmente oculto), la infantilización del deseo femenino, la narrativa en la que el hombre enseña y la mujer obedece, o la constante representación de la mujer como iniciada sexual por un hombre mayor, refuerzan relaciones de poder profundamente desiguales. Aunque existen vídeos en los que la mujer es mayor que el hombre, o en los que es ella quien enseña o inicia la práctica sexual, estas variaciones no alteran la estructura de poder subyacente, pues casi siempre es el hombre quien mantiene el control y la dominancia, asegurando que las prácticas sexuales sean satisfactorias primordialmente para él. Estas escenas consolidan una estructura jerárquica en la que el hombre aparece como sujeto deseante, sabio y activo, mientras que la mujer es pasiva, ignorante y receptiva. Desde la sociología del cuerpo y del deseo, este tipo de guión puede entenderse como un dispositivo disciplinario que produce cuerpos femeninos disponibles, moldeables y orientados al placer ajeno. Como ha argumentado Ana de Miguel, esta pornografía configura una auténtica pedagogía de la crueldad, en la que las mujeres aprenden a erotizar su propia subordinación, mientras que los hombres aprenden a interpretar el dominio y la violencia como componentes del deseo legítimo (De Miguel, 2015).

A través de estas dinámicas, se normalizan prácticas que perpetúan desigualdades estructurales entre hombres y mujeres. El consentimiento se vuelve ambiguo o directamente ausente, el dolor se sexualiza y el sufrimiento femenino se convierte en espectáculo. Muchas escenas incluyen simulaciones de abuso sexual a menores, sexualización de la infancia, relaciones incestuosas o coacciones sexuales naturalizadas. Incluso cuando estas relaciones se presentan como ficticias o simbólicas, sus efectos sociales son reales: transmiten un mensaje claro sobre quién tiene derecho al placer, quién dirige la acción y quién está obligado a someterse. Como señala Eva Illouz, la cultura sexual contemporánea está atravesada por una lógica emocional y relacional donde el sufrimiento y el poder se convierten en componentes del deseo y de la identidad sexual, y la pornografía participa activamente en esta configuración (Illouz, 2012).

Por tanto, podemos ver como la violencia que se representa en los vídeos analizados no es un fenómeno aislado, sino una construcción cultural que refleja y reproduce relaciones

de poder desiguales. A través de la repetición sistemática de estas escenas, se naturaliza la idea de que el sexo es un espacio donde la dominación masculina es legítima, deseable y placentera, mientras que el cuerpo femenino es un objeto disponible, fragmentado y cosificado. Esta representación del deseo, centrada exclusivamente en el placer masculino, no solo invisibiliza el deseo y el placer femenino, sino que enseña que las prácticas violentas, incómodas o degradantes para las mujeres son placenteras para ellas. La pornografía mainstream, así, no solo refleja una cultura de la desigualdad, sino que la produce, la legitima y la erotiza.

4.1.6. Análisis e interpretación de los vídeos

El análisis general de los cien vídeos estudiados permite identificar patrones narrativos, estéticos y simbólicos que atraviesan el conjunto del porno mainstream disponible en plataformas abiertas como Xvideos y Pornhub. A través de esta observación participante virtual se evidencian una serie de representaciones repetitivas que configuran un modelo de sexualidad hegemónica, fuertemente marcado por la desigualdad de género, la violencia simbólica y la cosificación del cuerpo femenino.

En la mayoría de los vídeos, la narrativa está centrada en el placer masculino. La cámara adopta un punto de vista masculino o "male gaze" (Mulvey, 1975, p. 7), poniendo al espectador en el lugar del hombre que penetra, domina y toma. El cuerpo de la mujer es fragmentado constantemente: encuadres centrados en los genitales, los pechos o los glúteos refuerzan la idea de que su función es exclusivamente sexual. Incluso cuando se incluye una mínima narrativa (como una escena de colegio, consulta médica o relación de poder), esta solo sirve como excusa para establecer un contexto de sumisión o vulnerabilidad femenina.

Una de las características más llamativas del conjunto de vídeos es la escasa o nula presencia de consentimiento explícito. Las protagonistas femeninas no toman decisiones, no proponen, no paran. En muchos casos, el sexo ocurre como resultado de chantajes, manipulación emocional o directamente coerción física. En un vídeo se presenta a una adolescente siendo presionada por su casero para mantener relaciones sexuales a cambio de no ser desalojada, lo cual se representa como erótico y deseable. Este tipo de escenas, lejos de ser la excepción, son recurrentes y forman parte de una lógica narrativa basada en el abuso de poder.

Otro elemento común es la humillación verbal y física de las mujeres. Los insultos, el lenguaje degradante ("puta", "zorra", "perra"), los azotes hasta dejar marcas visibles, la eyaculación en la cara como forma de finalización simbólica, o las posiciones que dificultan la respiración, son presentados como prácticas eróticas normales, incluso placenteras para las mujeres. La violencia se sexualiza, se erotiza y se normaliza. No se presenta como violencia, sino como parte de la excitación. Y esto es especialmente problemático si se considera que muchos de estos vídeos tienen millones de visualizaciones, lo cual habla de un consumo masivo y acrítico.

El placer femenino ocupa, paradójicamente, el centro de la escena pornográfica. Las mujeres son mostradas como si estuvieran constantemente experimentando un goce extremo, desbordante, incluso cuando las prácticas a las que se someten son evidentemente dolorosas, incómodas o invasivas. Gemidos excesivos, expresiones faciales forzadas, frases como "me encanta", "sí, así" o "más fuerte" aparecen de manera

sistemática, como parte de una actuación dirigida no a expresar deseo real, sino a satisfacer las expectativas de un espectador masculino. Este placer no parece espontáneo ni auténtico, sino sobreactuado y coreografiado. La mujer se convierte en una actriz del deseo, fingiendo goce incluso cuando su cuerpo está siendo forzado, penetrado con violencia o agredido verbalmente. Lo contradictorio es que, aunque el guion sitúa a la mujer en el centro visual de la escena, el foco sigue siendo el placer masculino: es él quien penetra, quien eyacula, quien dirige la acción, pero ella quien debe demostrar (exageradamente) que lo disfruta todo, sin límites ni reparos. La sobrerrepresentación del placer femenino no es una forma de empoderamiento, sino una estrategia narrativa que refuerza el mito de la mujer siempre dispuesta, siempre excitada, incluso frente a prácticas que, en la vida real, podrían resultar dolorosas o traumáticas. De este modo, el porno no muestra el placer femenino, sino una versión masculina del placer femenino, fabricada para el consumo, estetizada para el espectáculo y desvinculada de cualquier posibilidad de consentimiento real. Además, en no pocos vídeos, las protagonistas expresan dolor o incomodidad (“me duele”, “sácamela”), sin que esto detenga la acción o genere algún tipo de reacción por parte del hombre. Esto refuerza la idea de que la mujer está ahí para aguantar, para complacer, incluso si eso implica sufrimiento físico.

El análisis también revela la casi total ausencia del uso de preservativos, lo que contribuye a reforzar la idea de que el sexo “real” o “auténtico” es el sexo sin protección. En muchos casos, la eyaculación dentro de la vagina (creampie) es no solo visible, sino celebrada, lo cual legitima prácticas sexuales de riesgo sin ningún tipo de marco crítico. Esta ausencia no es anecdótica: es sistemática, lo que permite interpretarla como una política visual del porno que excluye deliberadamente la protección como parte de la representación sexual.

A nivel simbólico, los vídeos reproducen una serie de mitos y fantasías patriarcales: la colegiala que desea ser castigada por su profesor, la madrastra que seduce al hijastro, la joven virgen que “descubre” el placer a través de la fuerza, la mujer de aspecto inocente que resulta ser una “ninfómana”. Estas representaciones configuran un universo donde el deseo femenino está subordinado, donde el poder sexual está en manos de los hombres y donde el erotismo se construye a partir de la desigualdad.

Desde una perspectiva sociológica, estos vídeos no son solo productos culturales aislados, sino discursos que circulan, se consumen masivamente y modelan prácticas, expectativas y deseos. Como señala Michel Foucault (1976), el poder no solo se impone desde lo institucional, sino que también se reproduce a través de los discursos que regulan lo que se puede decir, hacer y desear. En este sentido, la pornografía mainstream opera como un dispositivo de saber-poder que configura lo erótico desde una lógica normativa, donde ciertas prácticas se legitiman y otras se silencian (Foucault, 1976). Tal como plantea Eva Illouz (2009), el capitalismo emocional transforma el deseo en mercancía y convierte la intimidad en espectáculo, y el porno es uno de sus productos culturales más potentes (Illouz, 2009).

La pornografía contemporánea actúa como una forma de educación sexual informal, especialmente en contextos donde no existe una educación afectivo-sexual integral y crítica. El porno ha substituido a la educación sexual tradicional, construyendo imaginarios donde el consentimiento es irrelevante, el placer es unidireccional y la violencia se convierte en un componente excitante de la sexualidad. Así, los vídeos no deben analizarse únicamente desde una dimensión estética o moral, sino como parte de una estructura cultural más amplia (patriarcal, capitalista y neoliberal) que legitima

ciertos modos de sexualidad mientras excluye, patologiza o invisibiliza otros (De Miguel, 2015).

Así, los vídeos analizados refuerzan un modelo de sexualidad centrado en el placer masculino, la subordinación femenina, la ausencia de consentimiento explícito, la erotización de la violencia y la exclusión sistemática de prácticas seguras como el uso del preservativo. Esta representación recurrente de un único tipo de sexualidad tiene implicaciones profundas en la manera en que las personas, especialmente los jóvenes, entienden el sexo, el deseo y las relaciones de poder en el ámbito íntimo. Como advierte Pierre Bourdieu (1998), los "habitus" (esquemas incorporados de percepción y acción) se forman también a través del consumo cultural, y el porno es uno de los productos que más eficazmente naturaliza la dominación masculina bajo la apariencia de "placer compartido" (Bourdieu, 1998).

4.1.7. Análisis de los comentarios (nº de me gustas, nº de visualizaciones, uso de preservativos)

Por último, el análisis de los comentarios extraídos de los cien vídeos estudiados permite observar con claridad los patrones de deseo, violencia simbólica y construcciones de género que atraviesan la pornografía mainstream. Esta observación participante virtual revela que los comentarios no son solo reacciones espontáneas al contenido, sino espacios donde se reproducen (y validan) discursos de poder, fantasías de dominación y representaciones normativas de la sexualidad.

Una de las diferencias más marcadas se da entre los comentarios escritos por hombres y por mujeres. Los usuarios varones tienden a expresarse desde una lógica posesiva y activa, donde la mujer es percibida como un objeto sexual pasivo, disponible y sin agencia. En muchos vídeos, los comentarios masculinos se reducen a deseos explícitos de "follarse" a la protagonista o a exclamaciones que naturalizan la dominación sexual. En uno de los vídeos más vistos, puede leerse "que delicia preñar zorritas tan lindas", "así hay que tratar a las putas" o "yo también le metería hasta que lllore", frases que no solo muestran una fantasía de control, sino una total indiferencia hacia el consentimiento y el bienestar de la otra persona. La mujer no es reconocida como sujeto, sino como cuerpo fragmentado, muchas veces nombrado solo por sus atributos físicos ("culo", "tetas", "concha") o reducido a un rol ("puta", "zorra", "MILF").

Por otro lado, los comentarios firmados por mujeres (aunque menos frecuentes) tienen una carga discursiva distinta. Muchas veces se sitúan en un lugar de deseo receptivo, donde el placer está asociado a ser penetradas, dominadas o complacidas. Algunas frases como "quien me coje así quiero que me reboten mis nalgas" o "duelen pero que no la saquen" ejemplifican una interiorización del relato pornográfico desde una lógica pasiva, aunque no por eso necesariamente sumisa. A diferencia de los hombres, que hablan de lo que harían a las protagonistas, las mujeres suelen hablar de lo que quieren que les hagan, asumiendo su rol desde un lugar de deseo, pero subordinado a la iniciativa masculina. Hay también comentarios que replican discursos de sumisión voluntaria: "alguien hágame lo mismo por favor" o "así necesito que me traten".

Esta diferencia de tono y posicionamiento entre géneros no debe leerse de forma esencialista, sino como el resultado de un sistema de producción pornográfica que asigna

roles bien definidos: el hombre domina, la mujer es dominada. La forma en que los usuarios comentan no hace más que reforzar estas estructuras.

En cuanto a las métricas de visualización, la popularidad de ciertos vídeos revela una preferencia colectiva por contenidos explícitamente violentos, coercitivos o basados en relaciones de poder. Uno de los vídeos analizados, en el que una mujer grita “ay, aaay! me duele, sácamela”, tiene más de 10 millones de visualizaciones y más de 10.000 likes. Esta aprobación masiva a contenidos donde el dolor y el consentimiento viciado están presentes refuerza la idea de que lo que genera morbo es justamente la transgresión, la humillación o la agresión, disfrazadas de fantasía sexual. El vídeo “Profesor se folla a una estudiante por una buena nota” acumula más de 20.000 likes y comentarios como “eso, que aprendan lo que pasa cuando no estudian”, lo que evidencia cómo la violencia estructural se convierte en erotismo.

El número de dislikes, por otro lado, es significativamente menor y, cuando es elevado, no parece tener un impacto directo en la circulación del vídeo. Un ejemplo es un vídeo con 12.200 dislikes y 10.200 likes, que sigue acumulando miles de visualizaciones. Esto sugiere que el rechazo explícito no afecta al consumo, y que incluso los vídeos más criticados siguen siendo consumidos y compartidos, lo que habla de una disonancia entre lo que se rechaza y lo que se desea ver.

Respecto al uso de preservativo, los datos son contundentes: en la totalidad de los vídeos analizados, el preservativo está ausente. La penetración se realiza siempre sin protección, y esto no solo no es problematizado por los usuarios, sino que se convierte en parte del atractivo del vídeo. En varios títulos se destaca explícitamente que es una “creampie” o que “termina adentro”, reforzando una narrativa donde el sexo sin protección es más “real”, más placentero o excitante. El preservativo, en estos relatos, es invisible y, por tanto, irrelevante, lo cual naturaliza prácticas sexuales de riesgo en un contexto donde el porno actúa como formador (aunque no debería serlo) de conductas y expectativas sexuales.

Por tanto, los comentarios, los números de “me gustas” y visualizaciones y el tratamiento del preservativo no solo acompañan al contenido pornográfico, sino que lo amplifican y legitiman. Lo que se ve no solo se consume; también se comenta, se celebra y se repite. Y esos comentarios nos permiten mirar más allá de la pantalla para entender cómo se construyen los imaginarios sexuales contemporáneos, quién tiene el poder de desear y cómo se representa el placer.

4.2. Análisis del discurso de las entrevistas en profundidad

El siguiente apartado tiene como objetivo analizar en profundidad los discursos de jóvenes universitarios y universitarias en relación con el consumo de pornografía, sus prácticas sexuales y afectivas, la influencia de los medios de comunicación, y sus percepciones sobre el feminismo y la masculinidad. Para esto, se han realizado un total de 12 entrevistas en profundidad a jóvenes de entre 20 y 25 años, todos ellos estudiantes de la UDC, de carreras o másteres diversos como: Sociología, Biología, Administración de Empresas, Máster en Políticas Sociales, Máster de Educación, Creación Digital, Enfermería y Turismo, con experiencias diferentes con la pornografía. El grupo de entrevistados y entrevistadas incluye tanto mujeres que nunca han consumido pornografía (4 entrevistadas en total) como mujeres que la consumen actualmente (3 entrevistadas),

así como hombres que también son consumidores habituales o esporádicos (5 entrevistados). Es importante señalar que no se logró encontrar ningún hombre que no hubiese consumido pornografía en algún momento de su vida, lo cual es en sí mismo un dato significativo sobre la normalización de esta industria en el grupo masculino.

A partir de los relatos obtenidos, el análisis se estructura en distintos bloques temáticos que permiten explorar no solo los hábitos de consumo y los contenidos más frecuentes, sino también el impacto del porno en el imaginario sexual, las dinámicas de consentimiento, las prácticas sexo-afectivas, la representación del cuerpo y el deseo en redes sociales, y las construcciones simbólicas vinculadas al feminismo y la masculinidad.

4.2.1. Análisis del Consumo de Pornografía y Representaciones Violentas entre los jóvenes universitarios/as de la UDC

Del análisis de las doce entrevistas en profundidad realizadas a jóvenes universitarios y universitarias, se puede apreciar un patrón generalizado; el consumo de pornografía se inicia de forma muy temprana, normalizándose como parte del desarrollo sexual, especialmente entre los varones. La mayoría de personas entrevistadas sitúa ese primer contacto con la pornografía entre los 8 y los 13 años que habitualmente surge de la curiosidad, guiada por una ausencia de educación sexual. Como bien dice Clara: "si el primer vistazo que tienes de algo sexual es del porno, porque no tuvimos ninguna educación sexual, o cuando la tuvimos yo ya había visto porno, entonces quieras que no ese es tu referente". Especialmente los espacios escolares, cumplen un papel clave. Como lo resume Juan: "típico vídeo que te enseñan cuando tienes 6 años y estás viendo en el patio del colegio... eso le ha pasado a todo el mundo". Estos contactos tempranos marcan una pauta de acceso que, lejos de ser excepcional, parece estar generalizada y asumida como parte de la socialización de los jóvenes.

Durante la adolescencia, el consumo de pornografía se vuelve más sistemático y frecuente, particularmente entre los chicos. Algunos hablan de un visionado casi diario en esta etapa vital. Paco lo recuerda así: "cuando era más pequeño sí que a lo mejor veía porno de manera más frecuente, no sabría decirte si diariamente, pero a lo mejor sí, 4 o 5 veces a la semana". En cambio, las mujeres entrevistadas tienden a consumir con menor frecuencia y a elegir los contenidos de forma más crítica.

Respecto a los contenidos preferidos o rechazados, emergen diferencias significativas en cuanto a lo que se busca y lo que genera incomodidad. Algunos entrevistados, como Paco, expresan su preferencia por categorías como "MILFs" o "lésbico", mientras que Anxo menciona "porno hetero, xente xoven, xogos con xoguetes sexuais". A su vez, varios participantes rechazan explícitamente contenidos hiperviolentos o extremos: Anxo expresa con claridad que "a zoofilia dame moitísimo mal rolo, e os bucaque tamén".

En cuanto a la clasificación de contenidos violentos, hay consenso en que ciertas prácticas son claramente agresivas. Paco explica: "cuando ves que hay 10 tíos rodeando a la misma tía para correrse, cosas por el estilo me parecen agresivas". Anxo menciona que entiende por violencia "asfixia sexual, azotes, escupitajos, insultos e humillacións, usar a outra persoa como un obxecto". Estas prácticas no solo son reconocidas sino también

frecuentemente consumidas, aunque no siempre valoradas de forma positiva. Algunas escenas son descritas como perturbadoras o traumáticas, especialmente aquellas que circularon entre adolescentes. Juan recuerda explícitamente: "el mítico "two girls one cup" lo ha visto el 100%, cuando digo el 100% es el 100% de la gente. Es un vídeo legendario... barbaridades". Esta circulación de contenidos extremos en contextos grupales refuerza la idea de una normalización social del porno violento desde edades muy tempranas.

Sobre la frecuencia de este tipo de contenidos, varios participantes coinciden en que la pornografía violenta es común. Anxo lo resume diciendo: "moitísimo... a xente excítase con esas cousas, lles da morbo ter control sobre a outra persoa". Paco lo expresa así: "violento es casi todo el porno, no sé... lo consume un montón de gente yo creo".

En términos de selección o exclusión de contenidos, hay quien muestra rechazo hacia lo que perciben como antinatural o poco creíble. Juan rechaza lo "hiper profesional, con cámaras 4K y focos... eso ya me saca, porque no se puede creer". En cambio, busca vídeos más "naturales, rollo amateur". Incluso Clara comenta sobre la normalización de las prácticas violentas entre los jóvenes: "están muy normalizadas, yo te lo puedo decir porque, ahora me puse mucho a poner me gustas en Tinder, y la gente que me habla para cosas de sexo y tal, son todos en plan, eh, "y que te gusta, ¿dominar o ser dominada?" y yo les digo, "¿y a ti?", y siempre dominantes (de chicos), y todos son dominantes y van ahí a... y les encanta", a esta misma pregunta, Olga comenta: "Sí, sí, lo digo por experiencia, lo digo por experiencia".

Otro aspecto relevante que surge del análisis es el entorno del consumo, varios hombres relatan haber visto porno en grupo durante la adolescencia, aunque algunos lo hacen en tono irónico o anecdótico. Juan, por ejemplo, dice: "no, paja grupal no cayó... pero sí sé de gente que sí que cayó". Anxo confirma: "sí, mixtos", en referencia a visionados con hombres y mujeres. Clara afirma que "Con una amiga sí, en una excursión de fin de curso, veíamos porno lésbico para dormir", y Julia cuenta que sí que ha visto porno "con una persona más, con más de eso no. Yo lo he hecho con mi novio". Estas dinámicas de consumo compartido refuerzan la idea de que el acceso al porno no es exclusivamente individual ni privado.

En las interacciones entre varones y mujeres, las conversaciones sobre pornografía revelan una cierta distancia o incomodidad. La mayoría de los chicos entrevistados afirma que sus amigas tienden a rechazarla o a no verla con entusiasmo. "Tengo amigas cercanas que lo rechazan mucho... y otras que han visto pero sin considerarlo bueno o malo", dice Paco. En ocasiones, sin embargo, se menciona que el tema aparece en tono humorístico, como cuando Anxo relata que sus amigas comentaban de forma irónica que un tatuaje circular en el brazo puede indicar "ata onde che chega cando lle metes o brazo á túa parella polo ano".

Finalmente, una ausencia significativa llama la atención: ninguno de los hombres entrevistados manifestó no haber consumido nunca pornografía. Esta ausencia no es anecdótica, sino que refuerza la idea del consumo masculino como práctica prácticamente universalizada, mientras que entre las mujeres se observan trayectorias más diversas y menos homogéneas. La investigación coincide aquí con otros estudios que han señalado cómo el consumo de pornografía no solo forma parte de la construcción del deseo

masculino, sino que también refuerza patrones de género y jerarquías simbólicas desde edades tempranas (Illouz, 2012).

4.2.2. Influencias del Consumo de Pornografía en la Sexualidad y Prácticas Sexo-Afectivas de los jóvenes universitarios/as de la UDC

El análisis de las narrativas revela que el consumo de pornografía no solo conforma el imaginario sexual de los/as jóvenes, sino que condiciona las prácticas, expectativas y formas de relación erótica. La mayoría de los entrevistados reconoce algún tipo de influencia directa o indirecta del porno en su sexualidad. Varios participantes mencionan que intentaron reproducir en la vida real prácticas sexuales vistas en la pornografía, especialmente durante las primeras experiencias sexuales. Anxo afirma: “Sí, algunha postura como a catro ou así, ou usar xoguetes sexuais, ou cousas rolo, agarrar do cuello ou azotes... ideas que saen do porno”. También Paco señala: “a lo mejor alguna sí... habré visto alguna que me haya gustado, pero nunca como tal la he hecho”, lo que sugiere cierta inhibición frente a prácticas visualizadas, pero no necesariamente deseadas. Lucas afirma ante la pregunta de si el consumo de pornografía influye en las relaciones sexuales con otras personas: “Yo creo que muchas veces, te puedes intentar como tener un espejo como para poder hacerlo mejor, o ver cosas que al igual en el porno piensas que le pueden gustar a esa chica y llegas a la realidad y es totalmente diferente, pero sí que influencia sí, sí”.

Uno de los efectos más recurrentes del consumo de pornografía es la generación de expectativas poco realistas sobre el sexo, especialmente en términos de rendimiento, estética y dinámica relacional. Varios entrevistados/as mencionan haber sentido presión por actuar “como en los vídeos”, lo que genera frustración al no poder replicar esas escenas en la vida real. Ana lo resume así: “nas súas primeiras relacións sexuais queren recrear o que ven e despois frústranse porque non lles sae igual”. Esta presión está vinculada a lo que Illouz (2012) denomina la “industrialización del deseo”, donde el porno actúa como una pedagogía emocional que configura lo que se considera excitante o adecuado.

Otro aspecto central que emerge es la excitación vinculada a prácticas de dominación o violencia sexual, que algunos jóvenes reconocen sin ambigüedad. Paco comenta: “sí me ha atraído... por ejemplo, que me dominen a mí un poquito... a lo mejor he probado lo de la asfixia, ya sabes, a hacérselo a alguien y que me lo hagan también”. En el mismo sentido, Anxo refiere haber sentido excitación con escenas de la película *365 días*, claramente inspirada en la estética del porno duro. Este tipo de prácticas se inscribe dentro de lo que autores como McNair (2002) definen como la “pornificación” de la cultura: una tendencia donde elementos del porno se infiltran en otras esferas del imaginario colectivo y la vida cotidiana. Clara, por ejemplo, también afirma que sí que se ha sentido atraída por imágenes sexuales violentas. Sin embargo, la violencia también se problematiza cuando se vincula con prácticas no consensuadas o extremadamente humillantes. Anxo plantea una diferencia entre fantasía y realidad: “o bucaque... cando o ves póneche, pero non creo que queiran facelo, nin sendo home nin muller”. Paco coincide: “rechazo... un vídeo en el que se vea a un montón de tíos follando con la misma chica... me parece bastante agresivo”.

La preferencia por prácticas consideradas “intensas” o “salvajes” aparece en varios discursos, aunque se establece una distinción entre intensidad erótica y violencia explícita. Paco lo expresa así: “intenso me parece a lo mejor cuando estás con una persona

y tenéis sexo salvaje... eso puedo entenderlo... pero extremo ya es algo más asociado a la violencia". El tipo de prácticas mencionadas con más frecuencia incluye sexo oral, misionero, penetración y 69, lo que sugiere una combinación de elementos convencionales con otros que derivan del porno mainstream. Como señala Gill (2009), esta hibridez responde a una "lógica postfeminista" en la que la transgresión y el empoderamiento se mezclan con la reafirmación de roles tradicionales (Gill, 2009).

Los preámbulos afectivos también ocupan un lugar importante en la vivencia sexual real de todos y todas las entrevistadas, aunque se reconoce que están ausentes en la pornografía. Paco lo resume así: "aunque no sea tu pareja, siempre está muy bien... en la pornografía van directos al grano, no te transmiten ninguna sensación de química o atracción". Anxo coincide: "para min eso ten moita importancia... e no porno non, van directamente ao acto". Al igual que Clara comenta: "Mucha, mucha, por eso no soy nada pene centrista, y como el sexo se concibe como la penetración cuando los preliminares y todo también son sexo pues, le doy mucho énfasis a los preliminares, del uno al diez, un diez".

Respecto al uso de juguetes sexuales o elementos de juego, aparece tímidamente en algunos discursos. Anxo menciona haber usado "xoguetes sexuais", mientras que Paco expresa interés en "juegos de dominación", aunque aclara que "no lo he probado, pero me gustaría". Julia dice: "La fantasía de usar juguetes sexuales, por ejemplo, proviene del porno, con mi pareja o así". Este tipo de prácticas parecen estar influidas por lo que han visto en el porno, pero también sujetas a negociaciones específicas dentro de la pareja, por ejemplo, Ana, a pesar de nunca haber visto porno afirma que: "Y si, luego juguetes también, creo que es algo que deberían experimentar las mujeres, porque luego no consiguen llegar al orgasmo y por vergüenza no se lo proponen a sus parejas y yo creo que sí es una buena forma".

En términos de fetiches, varios entrevistados asocian sus deseos sexuales con lo aprendido o visto en la pornografía, aunque también expresan ciertos límites respecto a lo que les resulta excitante en pantalla y lo que trasladarían a la realidad. Paco menciona: "a lo mejor tú lo que ves en el porno es... mujeres con un culo descomunal... pero eso no es un cuerpo realista", aludiendo a cómo los cánones corporales impuestos por el porno no se corresponden con los cuerpos reales ni con sus preferencias en la vida cotidiana. Anxo también señala la presión que generan esos estándares: "no porno só hai xente cun corpo normativo, sen celulite, sen pelos... e despois a xente cre que iso é o que ten que buscar na vida real".

La influencia de estos modelos se extiende no solo a lo corporal, sino también a los comportamientos eróticos, que son aprendidos o imitados. Lucas comenta que muchas veces las chicas sienten que tienen que comportarse como las actrices porno: "hay prácticas que mis amigas hacen solo porque piensan que así tienen que hacerlo... como gemir de cierta manera o pedir que les hagan cosas que ni siquiera les apetecen".

En cuanto a prácticas sexualmente menos normativas o socialmente menos aceptadas, como el sexo con varias personas, el BDSM o las dinámicas de dominación/sumisión, los discursos se dividen entre la curiosidad, el deseo y el rechazo. Anxo señala que "fanse moitas máis cousas e están máis normalizadas", lo cual da cuenta de una apertura progresiva en el imaginario sexual juvenil. Paco menciona: "sí, mi fantasía sexual... un

trío... pero también creo que algunas cosas hay que hablarlas antes”, lo que refleja una tensión entre lo deseado y lo éticamente aceptable dentro del marco del consentimiento.

Por su parte, algunas mujeres muestran una ambivalencia frente a estas prácticas. Lucas admite: “he pensado en cosas más extremas, pero me cuesta hablarlo con mi pareja, porque siento que él pensaría que estoy loca o demasiado suelta”. En otros casos, se menciona el interés por explorar, siempre dentro de un marco de confianza. Hugo afirma: “yo tengo fantasías con dominación, pero solo si es con alguien con quien tengo vínculo... no con un tío cualquiera”.

La idea de que el porno ha ampliado los márgenes de lo considerado “normal” aparece de forma transversal, pero también se subraya que ese abanico solo puede llevarse a la práctica si existe una comunicación adecuada entre las personas implicadas. Juan resume esta necesidad al afirmar: “una cosa es lo que ves en un vídeo, otra es hacerlo con una persona que también quiera... si no lo hablas, puede acabar mal”.

4.2.3. Pornificación cultural, sexualización mediática y representaciones sexuales en jóvenes universitarios/as

Los relatos recogidos en las entrevistas reflejan que la pornografía ha dejado de ser un producto aislado para convertirse en un marco cultural dominante desde el que se configuran las formas de entender la sexualidad, el deseo, la identidad corporal y las relaciones de poder. Este fenómeno, que Gill (2009) y McNair (2002) han descrito como pornificación de la cultura, se manifiesta en múltiples esferas: los medios de comunicación, las redes sociales, la publicidad y, sobre todo, en los discursos y prácticas sexuales de los/as jóvenes.

Una de las dimensiones más señaladas por los entrevistados y entrevistadas es cómo los medios de comunicación y la publicidad utilizan el sexo como recurso constante de seducción y venta, reforzando ideales corporales imposibles e hipersexualizados. Paco describe: “hay un montón de programas en los que ves a mujeres presentadoras con vestidos cortos, muy guapas, porque saben que eso atrae al público, sobre todo a los hombres”. Anxo lo extiende al lenguaje publicitario: “mira os anuncios de perfume... ou de coches, que meten a unha muller medio desnuda, e que ten que ver eso co coche?”. También Sofía señala que “parece que para vender algo, aunque sea una fregona, tienes que poner a una tía en bikini”, lo que evidencia una crítica consciente hacia la sexualización estructural del cuerpo femenino en el marketing visual. Ejemplos de este traslado del imaginario pornográfico a espacios que no son pornográficos nos los da Clara: “videoclips lo vemos en todas las canciones que salgan ahora de reggaetón y de cualquier cosa, está cuando está un tío cantando y todas ahí al rededor, se nota o como “Dame” de BadGyal” o “en TikTok me salía publicidad del nuevo disco de la Sabrina Carpenter, que tiene una foto en la que está a gatas con una correa, a ver, un poco pornográfico de más”.

Las redes sociales amplifican este fenómeno. Prácticamente todas las personas entrevistadas reconocen que en plataformas como Instagram, TikTok o Twitter se reproducen estéticas ligadas al imaginario pornográfico. Anxo afirma: “as mulleres están máis sexualizadas... ves a rapazas subindo fotos en roupa interior ou moi provocativas, porque saben que iso vai darlles seguidores e likes”. Paco complementa: “si una chica sube vídeos en ropa provocativa, la siguen muchos tíos porque les parece que esa chica

está muy buena... eso pasa en todas las redes sociales”. Julia añade: “aunque no lo hagas tú, ves que si otras lo hacen tienen más repercusión... y eso genera presión”.

Este uso del cuerpo como herramienta de validación digital es reconocido también desde una perspectiva crítica. Juanconfiesa: “sí, hay presión por mostrarse atractivo... todos subimos fotos buscando salir lo más guapos posibles, esperando que los demás nos digan algo bonito o nos den likes”. Sara amplía esta idea: “aunque no quieras, te ves comparándote con chicas que suben fotos más sugerentes... y te planteas si deberías hacer lo mismo para gustar más”.

El impacto de la pornografía no se reduce a lo visual, sino que permea las concepciones del sexo y sus dinámicas. Paco afirma: “los medios contribuyen a que la gente interiorice que el sexo es lo que se ve en el porno... y eso no es realista”. Juan añade: “en la pornografía van directos al grano, no hay química, no hay complicidad... solo follar y ya está”. Esta crítica apunta a una desafectivización del acto sexual, donde se elimina todo rastro de intimidad, comunicación o cuidado, y se prioriza la intensidad, la rapidez y el dominio, “todo duro y todo golpes y rapidez y papapapa, pene centrista” (Clara).

En los discursos masculinos, especialmente entre los consumidores habituales, se mencionan prácticas como la asfixia, los azotes, los escupitajos o los insultos como elementos excitantes. Anxo dice: “esas cosas véñenche á cabeza porque a veces no porno... e claro que dan morbo”. Ana señala también que “ver cosas más fuertes te hace acostumbrarte... ya no te parece raro”. Incluso Martina lo asocia a su consumo temprano: “yo veía cosas con 12 años que no entendía, y luego quise probarlas porque pensaba que eso era lo normal”.

Las mujeres, en cambio, expresan mayor malestar ante estas prácticas cuando no han sido consensuadas. Lucas relata: “una vez me ahogaron sin preguntar, me quedé bloqueada”. Olga explica: “a una amiga le pegaron una bofetada sin haberlo hablado antes... eso le dejó fatal”. Sara reconoce que “me da rabia que todas digamos que nos gusta que nos agarren del cuello, porque siento que lo decimos más por presión que por deseo real”. Hugo cuenta: “hay cosas que haces porque piensas que a ellos les excita, no porque te apetezca a ti”, un ejemplo de esto nos lo da Olga: “tengo una amiga que me dijo que ella practicaba sexo anal porque a sus parejas sexuales les gustaba, ya ella no le causaba ningún placer, pero como no le dolía pues ella se dejaba, y eso me lo contó súper normal, como si fuera algo normal sabes” o “yo creo que a todas nos han dado algún cachetazo alguna vez, por lo menos a todas las chicas con las que he hablado, que no son pocas”.

El consentimiento, como dimensión clave, es entendido de manera muy distinta según los relatos. Mientras algunos varones asumen que las prácticas se “negocian sobre la marcha” o “ya se sabe lo que hay”, como dice Paco, las mujeres exigen una conversación previa para sentirse seguras. Hugo insiste: “hay cosas que tienes que hablar antes... no puedes hacerlas con cualquiera solo porque lo has visto en un vídeo”. Ana, que no consume porno, sostiene: “Hombre yo creo, en mi caso, yo creo que se habla antes, antes de hacer alguna cosa, porque si no es poner incómoda a la otra persona, yo creo que al final, y yo creo que esa incomodidad puede llevar a violaciones porque, es que muchas veces no se cuentan, pero sí que lo son, si hacen algo en la cama que no hayas pactado sí que me parece una violación, o por lo menos abuso, abuso sexual. Entonces yo creo que lo principal es hablarlo antes”.

En términos de placer, también aparecen diferencias notables. Juan comenta: “a los tíos lo que más les interesa es ver cómo la chica se va a correr... es lo que te pone”. En cambio, Lucas duda de esa representación: “es muy actuado... parece que disfrutan pero en realidad están fingiendo”. Olga añade: “Creo que las prácticas se muestran deseables para ambos sexos, y que incluso a las mujeres como que parece que disfrutan más, pero creo que la realidad es que hay muchas cosas que las mujeres no disfrutan realmente, como te dije, el sexo anal o así, o que te escupan y te peguen, eso no creo que nadie lo disfrute”, afirmación en la que coincide Clara; “en las mujeres por ejemplo súper irrealista, porque es todo muy exagerado, que tienen que estar gimiendo todo el rato y muy alto y con caras, porque, además, siempre se le enfoca la cara a la mujer, y después en los hombres no hay ni un gemido, no hay ni una cara ni un movimiento de nada, así, cara de póker, y eso es que no es real tampoco”.

4.2.4. Percepciones sobre el Feminismo y la Masculinidad en los jóvenes universitarios/as de la UDC

El análisis de las percepciones sobre el feminismo y la masculinidad muestra una amplia variedad de discursos, especialmente entre los hombres. A pesar de que todos los entrevistados varones han consumido pornografía (y algunos con bastante frecuencia), no puede establecerse una relación directa entre este consumo y una actitud negativa hacia el feminismo o la igualdad de género. Por el contrario, las opiniones expresadas en las entrevistas parecen estar más determinadas por factores como la ideología política, el contexto social y los referentes culturales, que por el hábito de consumo pornográfico en sí mismo el cual parece normalizado e integrado en las prácticas vitales del día a día.

Destaca que entre los hombres entrevistados se encuentran posiciones muy distintas al respecto. Algunos expresan apoyo explícito al movimiento feminista y a la necesidad de seguir avanzando en materia de igualdad. Paco, por ejemplo, afirma: “entiendo que el feminismo es necesario, sobre todo porque las mujeres siguen estando en desventaja... en la calle, en los trabajos... en muchos ámbitos”. En una línea similar, Anxo declara: “sí, considero que son necesarias as loitas feministas... porque a desigualdade aínda existe”. Estos relatos, en los que se reconoce la vigencia del machismo estructural, conviven con discursos más tibios o directamente críticos, aunque no hostiles, aunque otros entrevistados muestran incomodidad con ciertos aspectos del feminismo contemporáneo, especialmente cuando lo perciben como excesivamente radical o generalizador. Juan señala: “no me gusta cuando el feminismo mete a todos los hombres en el mismo saco... yo no me siento así, no me reconozco en esos discursos”. Esta frase resume un sentimiento que aparece en varias entrevistas masculinas: el de sentirse injustamente interpelado o acusado, especialmente en debates públicos o redes sociales. Sin embargo, esa sensación de “ataque” no se transforma necesariamente en odio o rechazo al feminismo en general, sino más bien en una rama "radical".

En este sentido, algunos entrevistados nombran a mujeres públicas como Irene Montero como símbolos de esa incomodidad. Juan afirma: “Irene Montero me cae mal... me parece que ha convertido el feminismo en una batalla partidista”. En cambio, otros simplemente muestran indiferencia o desconocimiento respecto a estas figuras. También surgen nombres más cercanos al entorno digital y al consumo habitual de redes, como Rorro o influencers conservadoras, pero no se desarrollan discursos consistentes de odio o misoginia explícita.

Las mujeres entrevistadas, en cambio, se identifican con el feminismo de una manera más clara y directa. Varias participantes lo entienden como una herramienta fundamental para defender sus derechos y cuestionar la violencia estructural. Ana afirma: “El feminismo es lo mejor que nos ha pasado a las mujeres supongo, no, lo creo”. Olga señala: “es un movimiento social y político muy importante, que nos ha hecho conseguir mucho a nivel, pues eso, social y político, y que es súper necesario hoy en día”.

Un punto clave que refuerza la idea de que el consumo de pornografía no es el factor determinante en la visión sobre el feminismo o la masculinidad es que tanto hombres que han consumido contenidos violentos como quienes han tenido un consumo más moderado pueden sostener posturas progresistas o conservadoras, sin una correlación clara entre ambas dimensiones. Hay hombres que consumen porno a diario y se reconocen feministas, y otros que apenas lo ven y critican abiertamente al feminismo. Lo mismo ocurre en el caso de las mujeres.

Por tanto, si bien el consumo de pornografía puede influir en la construcción de imaginarios eróticos, prácticas sexuales y actitudes de género, no se detecta una relación directa ni lineal entre este consumo y el rechazo al feminismo. Más bien, lo que parece incidir en las actitudes hacia el feminismo y la masculinidad son otros factores como la auto ubicación ideológica u otros factores. Esto también indica como la pornografía se está convirtiendo en algunos ámbitos como un elemento más de la vida social que transversalmente adopta diferentes posturas e ideologías mientras se convierte en una dimensión clave de la sexualidad contemporánea.

4.2.5. ¿Influye la pornografía en la forma de relacionarse de los/as jóvenes universitarios/as?

El análisis del conjunto de entrevistas realizadas permite afirmar que la pornografía, lejos de ser una práctica puntual o marginal, ha adquirido un papel estructural en la manera en que los y las jóvenes universitarias construyen su imaginario sexual, sus prácticas eróticas, sus expectativas afectivas y sus formas de relacionarse. Aunque existen matices por género y experiencia individual, el consumo de pornografía (cuando está presente) aparece como una herramienta de aprendizaje informal profundamente naturalizada, que condiciona de forma significativa la manera en que se conciben y se viven las relaciones sexuales.

Los testimonios de los y las entrevistadas muestran cómo ciertas prácticas sexuales (como los azotes, el agarrar del cuello o el sexo sin preámbulos afectivos) se ponen en práctica en las relaciones sexoafectivas a modo de réplica de lo visto en los vídeos, muchas veces sin que exista un cuestionamiento previo sobre el origen de estos gustos ni sobre su deseabilidad real.

Este proceso de aprendizaje no solo impacta a quienes consumen activamente pornografía, sino también a quienes no lo hacen. Las entrevistas revelan que incluso personas que no ven porno reconocen haber estado expuestas a dinámicas sexuales que imitan prácticas pornográficas, al mantener relaciones con parejas que sí lo consumen, por ejemplo, Olga cuenta: "Pues mira, yo antes no era consciente, hasta que empecé como a enterarme de más cosas del mundo del porno, por lecturas y por conversaciones y así, y después de eso me di cuenta de que en mis propias prácticas sexuales se habían hecho cosas por influencia directa del porno. En plan, yo mi primer contacto sexual lo tuve con

mi primer novio, y yo ya te digo que nunca vi porno ni nada, lo que sabía del sexo era por conversaciones, educación sexual, mínima pero bueno y películas y eso, pero mi novio de aquel entonces llevaba viendo porno un montón de años y consumía mucho, y de aquella no me di cuenta, pero ahora que ya tengo más conciencia de lo que es el sexo y todo eso, pues te puedo decir que todas nuestras relaciones sexuales venían marcadas por el porno. En plan recuerdo que una vez me azotó, pero hasta dejarme marcas, como si fuese un juego, o me proponía posturas súper raras e incómodas que no me han vuelto a proponer, o yo que se, cosas así", o "pero ya te dije antes, que, con mi ex, azotes, atarme a la cama y cosas así estaban muy a la orden del día, así que por esa parte sí. O también, que esto no es violento, pero le encantaba correrse encima de mí, rollo, en mi cara, boca, en las tetas, ya sabes, y yo creo que eso estaba muy influenciado por el porno". Sara, a pesar de consumir pornografía comenta: "El ex que te comentaba antes, consumía porno súper violento y se notaba un montón en las cosas que me hacía, se notaba un montón en como follaba, y era violento, no solo en el sexo, en la relación también. Había veces que hacía cosas que yo ni consentía". De este modo, la influencia de la pornografía se extiende más allá de su consumo directo, configurando una cultura erótica compartida que afecta al conjunto de la juventud.

Como afirma Dines (2010), el porno ha traspasado las fronteras de la industria para instalarse en la cultura popular, en lo que se ha denominado la pornificación de la sociedad. Esta pornificación implica que incluso quienes no consumen activamente pornografía conocen sus códigos, los identifican en productos culturales no pornográficos (como series, videoclips o redes sociales) y se ven afectados/as por ellos en sus prácticas y percepciones: "Yo creo que si yo nunca hubiera visto porno también hubiera identificado que esos comportamientos venían incentivados por el porno, porque al final el porno está como súper arraigado en la sociedad, todo el mundo habla de eso, y todo el mundo sabe lo que hay, así que si no lo hubiera consumido lo identificaría igual" (Sara), "es que además hay que tener en cuenta que el imaginario pornográfico hoy en día ya ha traspasado las fronteras del porno, yo nunca he visto porno y sé qué tipo de sexualidad se muestra perfectamente, porque ya solo en las películas se muestra un tipo de sexualidad que está súper pornificado, entonces, sí, claro que influye, directa o indirectamente" (Olga).

La pornografía actúa reproduciendo los roles de género en las interacciones sexuales. En este sentido, los discursos recogidos en las entrevistas reflejan una clara división de roles basada en una lógica de dominación masculina y sumisión femenina. Aunque los y las entrevistadas normalizan ciertas prácticas como los azotes o el agarrar del cuello, lo hacen en una dirección claramente asimétrica: son ellos quienes las ejecutan y ellas quienes las reciben. Lo llamativo no es solo la frecuencia con la que se mencionan estas prácticas, sino el hecho de que ningún entrevistado varón haya referido haber sido receptáculo de estas acciones, ni tampoco haber experimentado malestar, incomodidad o límites vulnerados durante un encuentro sexual. En cambio, todas las mujeres entrevistadas, sin excepción, han vivido en primera persona (o a través de amigas cercanas) experiencias sexuales negativas con varones que traspasaron límites, agredieron o realizaron prácticas sin consentimiento explícito.

Este patrón reproduce lo que Pierre Bourdieu (2000) denomina la "violencia simbólica", una forma de dominación que se ejerce con el consentimiento implícito de quienes la padecen, naturalizando desigualdades que se experimentan como legítimas o deseables (Bourdieu, 2000). Las propias entrevistadas, al hablar de su gusto por ciertas prácticas,

muchas veces no distinguen entre lo que realmente desean y lo que han aprendido a asumir como deseable. Así, la sumisión se convierte en una posición erotizada, no tanto por voluntad individual como por interiorización de un mandato cultural. Por su parte, los varones no suelen cuestionar su rol dominante, sino que lo reproducen de manera automática, en muchos casos con el convencimiento de que están respondiendo al deseo de sus parejas. Esta asimetría se agrava en contextos donde no hay una comunicación clara sobre los límites o el consentimiento, como muchas de las entrevistadas han señalado. La lógica del consentimiento implícito, sumada a la presión por agradar, conduce a experiencias donde las mujeres acceden a prácticas que no necesariamente desean. Hay tipos de violencia que están tan normalizados e interiorizados que para todos y todas las entrevistadas no son considerados violentos (como azotes en el culo o agarrar del cuello).

La ausencia de relatos masculinos sobre experiencias sexuales negativas también resulta reveladora. Mientras que todas las mujeres entrevistadas relatan al menos una experiencia donde sus límites fueron vulnerados, ninguno de los hombres cuenta haber vivido situaciones similares. Este silencio puede explicarse por la invisibilización social de las dinámicas de poder que atraviesan el sexo heterosexual, pero también por la dificultad que los varones tienen para reconocerse como agentes de prácticas problemáticas, muchas veces naturalizadas por la pornografía.

Así, los resultados de las entrevistas permiten afirmar que la pornografía no solo configura el deseo, sino que produce jerarquías sexuales entre hombres y mujeres y moldea las relaciones de poder dentro del campo íntimo. Su influencia se extiende más allá del visionado directo, afectando incluso a quienes se declaran ajenos a su consumo. La pornografía, por tanto, funciona como una herramienta de educación sexual de la juventud, reproduciendo desigualdades de género bajo la apariencia de libre elección (De Miguel, 2015) y deseo compartido.

4.2.6. Tipología de resultados de las entrevistas (12 casos)

Tabla 4.- Tipología de los resultados

Después de hacer un análisis en profundidad de las 12 entrevistas realizadas, se han identificado tres tipos de perfiles diferenciados en relación con el consumo de pornografía entre los y las jóvenes universitarias de A Coruña:

Tipo 1 - Hombres que consumen: comienzan de forma muy temprana (entre los 8 y 12 años), con una frecuencia de consumo alta en la adolescencia que en algunos casos se mantiene diaria. Tienden a normalizar la presencia de violencia en los contenidos y, aunque algunos expresan rechazo hacia prácticas extremas, muchos intentan reproducir en sus relaciones ciertas prácticas vistas en el porno (azotes, asfixia, lenguaje humillante). Reconocen la influencia del porno en la construcción de expectativas sexuales e imagen corporal. Con relación al feminismo y la masculinidad, en general se muestran favorables al feminismo, pero con críticas a posturas que consideran “extremas”, y destacan que la presión estética y sexual recae principalmente sobre las mujeres.

Tipo 2 - Mujeres que consumen: Se iniciaron en el porno sobre los 10/11 años, con un consumo esporádico y generalmente orientado a la masturbación o a la relación en pareja. Prefieren categorías amateurs o lésbicas y rechazan contenidos violentos. Algunas

reconocen haber sentido presión para imitar lo visto en la pornografía, especialmente en sus primeras relaciones, y perciben la pornografía como un producto poco representativo de la sexualidad femenina real. En cuanto a la pornificación cultural, identifican una fuerte sexualización de las mujeres en redes sociales. Suelen mostrarse cercanas al feminismo y críticas con los roles de género transmitidos por la pornografía.

Tipo 3 - Mujeres que no consumen: No han tenido un contacto continuado con la pornografía, y cuando lo han hecho, ha sido puntual y con incomodidad. Rechazan frontalmente la violencia sexual en el porno y lo consideran una herramienta de reproducción de desigualdades. Entienden que el porno genera presión y expectativas irreales en las relaciones sexuales y afecta especialmente a las mujeres. Critican la pornificación cultural en medios y redes sociales, subrayando cómo contribuye a la cosificación femenina. Se identifican con los valores feministas y ven el porno como parte del sistema que reproduce la desigualdad de género.

	Características consumo	Percepción violencia sexual	Imitación en prácticas reales	Pornificación cultural	Valores feministas vs masculinidad
Tipo 1.- Hombres que consumen	Inicio muy temprano (8/12 años). Alta frecuencia en adolescencia (hasta diaria). Diversidad de categorías, con interés en prácticas intensas, pero rechazo parcial a lo extremo.	Reconocen violencia (asfixia, bofetadas, azotes), pero muchos la consideran normalizada en la juventud. Algunos intentan diferenciar “intenso” de “violento”.	Intentan reproducir prácticas vistas (azotes, dominación ligera, lenguaje humillante). Frustración cuando la realidad no coincide con lo visto.	Señalan la sexualización de mujeres en medios y redes; reconocen presión estética, pero la ven más intensa en ellas.	Apoyo al feminismo en términos generales, pero con críticas a lo que consideran “radical”. Admiten que la desigualdad recae más en mujeres.
Tipo 2.- Mujeres que consumen	Inicio temprano (10/11 años) Consumo ocasional y ligado a masturbación o pareja. Preferencia por categorías amateur o lésbicas.	Rechazo hacia escenas violentas; perciben que se ejercen sobre todo hacia las mujeres. Identifican cierta normalización entre jóvenes.	Algunas refieren presión para imitar prácticas, sobre todo al inicio de su vida sexual. Tienden a limitar su reproducción a contextos de confianza.	Identifican que las redes promueven cuerpos y actitudes hipersexualizadas. Algunas reconocen cuidarse más por esa presión.	Suelen mostrarse cercanas al feminismo, señalando cómo el porno refuerza desigualdades de género.
Tipo 3.- Mujeres que no consumen	Consumo inexistente o muy puntual. Se asocia a incomodidad o rechazo.	Rechazo absoluto: consideran el porno esencialmente violento y desigual.	Afirman que, aunque no hayan consumido pornografía, ha influido en su sexualidad a través de sus parejas sexuales y de la cultura.	Coinciden en que las mujeres están más expuestas y sexualizadas en redes. Creen que la presión recae sobre todo en mujeres.	En general, se identifican con valores feministas y critican el porno como herramienta de dominación simbólica masculina.

Fuente: Elaboración propia

5. CONCLUSIONES

La presente investigación ha permitido constatar que la pornografía no solo configura representaciones simbólicas sobre la sexualidad, sino que también produce efectos concretos en las prácticas sexuales y afectivas de los y las jóvenes universitarios/as. A través de un enfoque cualitativo que combina la observación participante virtual y entrevistas en profundidad, se ha evidenciado que los contenidos pornográficos más consumidos reproducen y legitiman formas de violencia simbólica y física que son posteriormente normalizadas e incluso erotizadas en las relaciones íntimas.

Las representaciones hegemónicas del deseo siguen estando profundamente atravesadas por una lógica patriarcal, donde el placer masculino es el eje central y la subordinación femenina se presenta como parte del guion sexual. En muchos casos, los jóvenes no identifican ciertas prácticas como violentas, debido a la naturalización de estas imágenes desde edades tempranas y a la ausencia de una educación sexual crítica. Tal como sostiene Rosa Cobo (2019), “la pornografía es una metáfora de las relaciones de poder de los varones sobre las mujeres” (Cobo, 2019: p. 11), y en este sentido, actúa como un dispositivo de socialización que refuerza jerarquías de género profundamente desiguales.

Además, se confirma que incluso aquellas personas jóvenes que no consumen pornografía directamente están influenciadas por la cultura de la pornificación. Esto se expresa en sus imaginarios, sus prácticas sexuales y su forma de entender el deseo, lo cual demuestra que la pornografía no opera de manera aislada, sino como parte de un entramado cultural más amplio, alimentado por los medios, las redes sociales y los discursos sobre la sexualidad. En palabras de Ana de Miguel (2015), asistimos a una “pornificación de la cultura”, donde lo erótico y lo violento se fusionan en la representación del sexo, afectando a la construcción de identidades y subjetividades (De Miguel, 2015).

Por otro lado, el análisis de las entrevistas también ha mostrado cómo la socialización de género condiciona de manera diferenciada las experiencias sexuales de hombres y mujeres. Mientras que los varones asocian el poder con el placer, las mujeres tienden a situarse desde una posición de complacencia, invisibilizando sus propios deseos. Según Alario Gavilán (2021), “la sexualidad masculina se convierte en un terreno donde los varones muestran su capacidad de posicionarse por encima de las mujeres” (Alario, 2021: p. 72), reforzando una relación entre excitación sexual y dominación que se traduce, muchas veces, en prácticas que reproducen el guion pornográfico sin mediar reflexión crítica.

Finalmente, se puede concluir que la pornografía no es únicamente una forma de entretenimiento, sino un agente pedagógico informal que enseña y moldea formas de estar en el mundo, de desear, de amar y de ejercer poder. Por ello, se hace urgente el desarrollo de políticas educativas y culturales que aborden la sexualidad desde una perspectiva feminista y crítica, que permita a los y las jóvenes construir relaciones basadas en el respeto, el consentimiento real y el reconocimiento mutuo.

6. BIBLIOGRAFÍA

Aguilar, P. (2017). *El papel de las mujeres en el cine*. Editorial Santillana.

- Alario, M. (2021). *Política sexual de la pornografía: Sexo, desigualdad, violencia*. Comercial Grupo ANAYA, SA.
- Attwood, F. (2006). Sexed up: Theorizing the sexualization of culture. *Sexualities*, 9(1), 77–94. <https://doi.org/10.1177/1363460706053336>
- Beauvoir, S. de. (1949). *El segundo sexo*. París: Gallimard.
- Bloch, A. (1994). Reseña de "La cultura y el misterio de la sexualidad: la crítica de Camille Paglia". *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, 6(17), 353-359.
- Bourdieu, P. (1991). *El sentido práctico*. Madrid: Taurus.
- Bourdieu, P. (1998). *La dominación masculina*. Anagrama.
- Briges, A. J., & Morokoff, P. J. (2011). Sexual media use and relational satisfaction in heterosexual couples. *Personal Relationships*, 18(4), 562–585. <https://doi.org/10.1111/j.1475-6811.2010.01328.x>
- Brown, J. D., & L'Engle, K. L. (2009). X-rated: Sexual attitudes and behaviors associated with U.S. early adolescents' exposure to sexually explicit media. ResearchGate. Recuperado el 27 de julio de 2021, de <https://web.archive.org/web/20210727165634/https://www.researchgate.net/>.
- Cobo, R. (2019). El imaginario pornográfico como pedagogía de la prostitución (Pornographic Imagery as a Pedagogy of Prostitution). *Oñati Socio-Legal Series*, 9(S1).
- Cobo, R. (2020). *Pornografía. El placer del poder*. Ediciones B.
- Cobo, R., & Ranea, B. (2020). Breve diccionario de feminismo. Breve diccionario de feminismo, 1-310.
- De Miguel, A. (2015). *Neoliberalismo sexual: El mito de la libre elección* (3.ª ed.). Madrid: Ediciones Cátedra.
- Despentes, V. (2019). *Teoría king kong*. L'Altra editorial.
- Dines, G. (2010). *Pornland: How porn has hijacked our sexuality*. Beacon Press.
- Dworkin, A. (1981). Pornography: Men possessing women. In *Pornography and civil rights: A new day for women's equality* (pp. 41–56). Minneapolis: Organizing Against Pornography.
- Dworkin, A. (1987). *Intercourse*. Free Press.
- Favaro, L., & De Miguel, A. (2016). ¿Pornografía feminista, pornografía antirracista y pornografía antiglobalización? Para una crítica del proceso de pornificación cultural. *Labrys, études féministes/estudios feministas*, (29).

- Foucault, M. (2022). *Historia de la sexualidad I: La voluntad de saber* (19.^a ed., A. Ribas, Trad.). Siglo XXI Editores. (Trabajo original publicado en 1976)
- Gill, R. (2008). Empowerment/sexism: Figuring female sexual agency in contemporary advertising. *Feminism & Psychology*, 18(1), 35–60. <https://doi.org/10.1177/0959353507084950>
- Hernández, M. P., Mateo, C. M., & Cortázar, L. K. (2013). Autoestima corporal, publicaciones virtuales en las redes sociales y sexualidad en adolescentes. *EJIHPE: European Journal of Investigation in Health, Psychology and Education*, 3(2), 171-180.
- Herranz Gómez, Y. (2006). *Igualdad bajo sospecha: El poder transformador de la educación*. Narcea Ediciones.
- Illouz, E. (1997). *La sociedad de la consunción: Los sentimientos en la era del capitalismo*. Ediciones Siglo XXI.
- Illouz, E. (2009). *El consumo de la utopía romántica: El amor y las contradicciones culturales del capitalismo*. Buenos Aires: Katz.
- Illouz, E. (2012). *¿Por qué duele el amor? Una explicación sociológica*. Buenos Aires: Katz.
- Instituto de la Juventud (INJUVE). (2020). *Juventud y sexualidad: Encuesta sobre sexualidad juvenil en España 2020*. Ministerio de Derechos Sociales y Agenda 2030. <https://www.injuve.es>
- Kvale, S., & Brinkmann, S. (2015). *InterViews: Learning the craft of qualitative research interviewing* (3rd ed.). Sage Publications.
- Lynn, A. (2012). *Sex, Productivity and Motivation: Pornography*. [Mensaje en un blog] Asian Efficiency. Recuperado de <http://www.asianefficiency.com/health/sex-productivity-and-motivation-part-06-pornography/>.
- McNair, B. (2002). *Striptease culture: Sex, media and the democratization of desire*. Routledge.
- Millett, K. (2010). *Política sexual* (A. M. Palomo, Trad.). Ediciones Cátedra.
- Mora Galeote, J. J. (2022). Estímulos supernormales en la experimentación estética: porno y belkitsch. *Valenciana*, 15(30), 131-160.
- Mulvey, L. (2013). Visual pleasure and narrative cinema. In *Feminism and film theory* (pp. 57-68). Routledge.
- Naderifar, M., Goli, H., & Ghaljaie, F. (2017). Snowball sampling: A purposeful method of sampling in qualitative research. *Strides in Development of Medical Education*, 14(3), e67670.

Owens, E. W., Behun, R. J., Manning, J. C., & Reid, R. C. (2012). The impact of internet pornography on adolescents: A review of the research. *Sexual Addiction & Compulsivity*, 19(1–2), 99–122. <https://doi.org/10.1080/10720162.2012.660431>

Paasonen, S. (2024). *Carnal resonance: Affect and online pornography*. mit Press.

Patton, M. Q. (2015). *Qualitative research & evaluation methods* (4th ed.). Sage Publications.

Pornhub Insights. (2023). Year in Review 2024. <https://www.pornhub.com/insights/2024-year-in-review#categories>

Pornhub. (2024). Pornhub 2023 Year in Review. Pornhub Insights. <https://www.pornhub.com/insights>

Puleo, A. H. (1992). *Dialéctica de la sexualidad: Género y sexo en la filosofía contemporánea*. Editorial Cátedra.

Rocha Sánchez, T. E. (2017). La socialización de género en el entorno familiar: un espacio crucial para generar cambios y promover la igualdad de género. En G. Delgado Ballesteros (Coord.), *Construir caminos para la igualdad: educar sin violencias* (pp. 61–109). Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación.

Rose, G. (2016). *Visual methodologies: An introduction to researching with visual materials* (4th ed.). Sage Publications.

Rubin, G. (1989). *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*.

Sabina, C., Wolak, J., & Finkelhor, D. (2008). The nature and dynamics of internet pornography exposure for youth. *CyberPsychology & Behavior*, 11(6), 691–693. <https://doi.org/10.1089/cpb.2007.0179>

Similarweb. (2024). Top Websites Ranking. <https://www.similarweb.com>

Simón, J. (2010). *Micromachismos. La violencia invisible en la pareja*. Barcelona: Paidós.

Sosa, V., & Imhoff, D. (2023). Socialización política de género en la infancia. *Psicología Política*, 23(56), 98–114.

Streeter, M. J. R. (2018). La Pornografía en la obra de Andrea Dworkin: mujer y desconexión moral. *Revista humanidades*, 8(2), 1-34.

Subirats, M. (2013). *Forjar un hombre, moldear una mujer: Socialización de género en la escuela mixta*. Barcelona: Anthropos.

Taylor, S. J., Bogdan, R., & DeVault, M. (2015). *Introduction to qualitative research methods: A guidebook and resource* (4th ed.). Wiley.

Valero, A. (2023, 28 de marzo). Defender la limitación de la pornografía que daña a las mujeres es un discurso peligroso. *elDiario.es*. https://www.eldiario.es/sociedad/ana-valero-defender-limitacion-pornografia-dana-mujeres-discurso-peligroso_128_9263627.html

Vance, C. S. (1989). *Pleasure and danger: Exploring female sexuality*. Pandora.

Varela, N. (2020). *Feminismo para principiantes*. Ediciones B.

Velasco, A., & Gil, V. (2016). La adicción a la pornografía: causas y consecuencias. *Drugs and Addictive Behavior*, 2(1), 122-130. <http://dx.doi.org/10.21501/24631779.2265>.

Velasco, A., & Gil, V. (2017). La adicción a la pornografía: causas y consecuencias. *Drugs and Addictive Behavior* (revista descontinuada), 2(1), 122-130.

Ventura Aquino, E. (2017). Conducta sexual femenina: saciedad sexual, efecto Coolidge y expresión genética de los receptores a opioides en el SNC.

Villena, A., Mestre, G., & Chiclana, C. (2020). Uso y uso problemático de pornografía en adolescentes: un debate no resuelto. *Revista de Formación Continuada de la Sociedad Española de Medicina de la Adolescencia*, 8(2), 32-41. <https://www.observatoriodelainfancia.es/oia/esp/descargar.aspx?id=7544&tipo=documento>.

Wilson, G. (2014). *Your brain on porn: Internet pornography and the emerging science of addiction* (p. 19). Richmond, VA: Commonwealth Publishing.

Winstanley, C. A., Green, T. A., Theobald, D. E., Renthal, W., & Chakravarty, S. (2009). La inducción de DeltaFosB en la corteza orbitofrontal potencia la sensibilización locomotora a pesar de atenuar la disfunción cognitiva causada por la cocaína (2009). *Pharmacol Biochem Behav*, 93(3), 27

Wolf, N. (1991). *The beauty myth: How images of beauty are used against women*. William Morrow & Company.

7. ANEXOS

Ficha técnica de las personas entrevistadas

DATOS DE CONTEXTO DE LA ENTREVISTA

- **Fecha de la entrevista:** 19/05/2025
- **Duración:** 50 minutos
- **Lugar:** A Coruña

PERFIL DE LA PERSONA ENTREVISTADA

- **Nombre anonimizado:** Entrevistado 1
- **Código:** Paco
- **Género:** Masculino
- **Edad:** 22
- **Estudios:** Turismo en la UDC
- **Consumo de pornografía:** Sí consume

OBSERVACIONES

El entrevistado se auto ubicó ideológicamente a la izquierda, afirma que comenzó a consumir porno a los 12 años pero que ya no consume nada.

DATOS DE CONTEXTO DE LA ENTREVISTA

- **Fecha de la entrevista:** 20/05/2025
- **Duración:** 40 minutos
- **Lugar:** A Coruña

PERFIL DE LA PERSONA ENTREVISTADA

- **Nombre anonimizado:** Entrevistado 2
- **Código:** Ana
- **Género:** Femenino
- **Edad:** 24
- **Estudios:** Máster de Política Social e Intervención Comunitaria en la UDC.
- **Consumo de pornografía:** No consume

OBSERVACIONES

La entrevistado se auto ubicó ideológicamente a la izquierda, además de estudiar trabaja como consultora de igualdad, afirma que nunca consumió porno y se posiciona en contra de la pornografía. Tiene una relación monógama con un hombre desde hace 5 años.

DATOS DE CONTEXTO DE LA ENTREVISTA

- **Fecha de la entrevista:** 21/05/2025
- **Duración:** 37 minutos
- **Lugar:** A Coruña

PERFIL DE LA PERSONA ENTREVISTADA

- **Nombre anonimizado:** Entrevistado 3
- **Código:** Anxo
- **Género:** Masculino
- **Edad:** 25
- **Estudios:** Sociología en la UDC.
- **Consumo de pornografía:** Sí consume

OBSERVACIONES

El entrevistado se auto ubicó ideológicamente a la izquierda, además de estudiar trabaja como camarero, es del rural, aunque vive en Coruña. Comenzó a consumir porno entre los 8/10 años y consume todos los días.

DATOS DE CONTEXTO DE LA ENTREVISTA

- **Fecha de la entrevista:** 22/05/2025
- **Duración:** 33 minutos
- **Lugar:** A Coruña

PERFIL DE LA PERSONA ENTREVISTADA

- **Nombre anonimizado:** Entrevistado 4
- **Código:** Juan
- **Género:** Masculino
- **Edad:** 23
- **Estudios:** Máster de Formación del profesorado en la UDC.
- **Consumo de pornografía:** Sí consume

OBSERVACIONES

El entrevistado se auto ubicó ideológicamente a la izquierda, dejó de consumir pornografía, pero su primer contacto con esta fue a los 11/12 años.

DATOS DE CONTEXTO DE LA ENTREVISTA

- **Fecha de la entrevista:** 23/05/2025
- **Duración:** 32 minutos
- **Lugar:** Vigo

PERFIL DE LA PERSONA ENTREVISTADA

- **Nombre anonimizado:** Entrevistado 5

- **Código:** Julia
- **Género:** Femenino
- **Edad:** 20
- **Estudios:** Videojuegos en la UDC.
- **Consumo de pornografía:** Sí consume

OBSERVACIONES

La entrevistada se auto ubicó ideológicamente en el centro/derecha, consumió por primera vez porno a los 11 años y afirma que actualmente su consumo es muy esporádico. Tiene una relación monógama con un hombre desde hace 1 año.

DATOS DE CONTEXTO DE LA ENTREVISTA

- **Fecha de la entrevista:** 24/05/2025
- **Duración:** 26 minutos
- **Lugar:** Vigo

PERFIL DE LA PERSONA ENTREVISTADA

- **Nombre anonimizado:** Entrevistado 6
- **Código:** Sofia
- **Género:** Femenino
- **Edad:** 21
- **Estudios:** Biología en la UDC.
- **Consumo de pornografía:** No consume

OBSERVACIONES

La entrevistada se auto ubicó ideológicamente en el centro, afirma nunca haber consumido porno.

DATOS DE CONTEXTO DE LA ENTREVISTA

- **Fecha de la entrevista:** 25/05/2025
- **Duración:** 28 minutos
- **Lugar:** Vigo

PERFIL DE LA PERSONA ENTREVISTADA

- **Nombre anonimizado:** Entrevistado 7
- **Código:** Martina

- **Género:** Femenino
- **Edad:** 22
- **Estudios:** Enfermería en la UDC.
- **Consumo de pornografía:** No consume

OBSERVACIONES

La entrevistada se auto ubicó ideológicamente en el centro/derecha, afirma nunca haber consumido porno.

DATOS DE CONTEXTO DE LA ENTREVISTA

- **Fecha de la entrevista:** 25/05/2025
- **Duración:** 30 minutos
- **Lugar:** Pontevedra

PERFIL DE LA PERSONA ENTREVISTADA

- **Nombre anonimizado:** Entrevistado 8
- **Código:** Sara
- **Género:** Femenino
- **Edad:** 21
- **Estudios:** Videojuegos en la UDC.
- **Consumo de pornografía:** Sí consume

OBSERVACIONES

La entrevistada se auto ubicó ideológicamente en la izquierda, su primer contacto con el porno fue sobre los 10 años, aunque ahora afirma no consumirlo. Tuvo una relación con un chico que consumía porno violento y repetía las prácticas que veía en sus relaciones sexuales.

DATOS DE CONTEXTO DE LA ENTREVISTA

- **Fecha de la entrevista:** 26/05/2025
- **Duración:** 52 minutos
- **Lugar:** A Coruña

PERFIL DE LA PERSONA ENTREVISTADA

- **Nombre anonimizado:** Entrevistado 9
- **Código:** Olga

- **Género:** Femenino
- **Edad:** 21
- **Estudios:** Sociología en la UDC.
- **Consumo de pornografía:** No consume

OBSERVACIONES

La entrevistada se auto ubicó ideológicamente en la izquierda, nunca consumió porno y tiene una postura en contra de este. Tiene una relación monógama con un hombre desde hace dos años y medio.

DATOS DE CONTEXTO DE LA ENTREVISTA

- **Fecha de la entrevista:** 28/05/2025
- **Duración:** 27 minutos
- **Lugar:** A Coruña

PERFIL DE LA PERSONA ENTREVISTADA

- **Nombre anonimizado:** Entrevistado 10
- **Código:** Lucas
- **Género:** Masculino
- **Edad:** 23
- **Estudios:** Administración y dirección de empresas en la UDC.
- **Consumo de pornografía:** Sí consume

OBSERVACIONES

El entrevistado se auto ubicó ideológicamente a la derecha, comenzó a consumir porno sobre los 15 años y consume habitualmente una vez a la semana.

DATOS DE CONTEXTO DE LA ENTREVISTA

- **Fecha de la entrevista:** 03/06/2025
- **Duración:** 44 minutos
- **Lugar:** A Coruña

PERFIL DE LA PERSONA ENTREVISTADA

- **Nombre anonimizado:** Entrevistado 11
- **Código:** Hugo
- **Género:** Masculino

- **Edad:** 21
- **Estudios:** Turismo en la UDC.
- **Consumo de pornografía:** Sí consume

OBSERVACIONES

El entrevistado se declara apolítico, comenzó a consumir porno sobre los 15 años y consume todos los días porno.

DATOS DE CONTEXTO DE LA ENTREVISTA

- **Fecha de la entrevista:** 17/07/2025
- **Duración:** 34 minutos
- **Lugar:** Vigo

PERFIL DE LA PERSONA ENTREVISTADA

- **Nombre anonimizado:** Entrevistado 12
- **Código:** Clara
- **Género:** Femenino
- **Edad:** 22
- **Estudios:** Biología en la UDC.
- **Consumo de pornografía:** Sí consume

OBSERVACIONES

La entrevistada se auto ubicó ideológicamente a la izquierda, consumió por primera vez porno a los 10/11 años, pero empezó a leer libros con contenido sexual antes. Es bisexual y tendría una relación poliamorosa.

["Ver entrevistas transcritas aquí"](#)

["Ver Excel \(observación participante virtual\)"](#)